

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«EL SEÑOR SE BUSCÓ
UN HOMBRE SEGÚN
SU CORAZÓN»

(I Samuel 13,13)

Consagración de la
diócesis de Fréjus-
Toulon a san José

San José, patrono
del III milenio

Los orígenes
de la devoción
a san José

Presencia de san
José en Polonia

Canadá, hogar
de san José

El martirio de
monseñor Irurita



Imagen que preside la Fuente de la Aparición de Cotignac

«San José, doctor del silencio, nos abre la pequeña vía de Nazaret (como Teresa de Lisieux), hecha de confianza, de abandono filial, de respeto, de docilidad a Dios. Los grandes designios de Dios, con José pasan por la humilde fidelidad en el día a día y por el cumplimiento del deber de estado.»

Año LXIX- Núm. 968
Marzo 2012

Monseñor DOMINIQUE REY, obispo de Fréjus-Toulon
(Cotignac, 17 de marzo de 2012)

Sumario

Homilía de monseñor Rey, obispo de Fréjus-Toulon en el acto de consagración de la diócesis a san José	3
Cotignac 2012: Año de la Fe bajo el patrocinio de san José <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	6
La consagración de Francia a la Virgen María <i>Oleguer Vives Gil</i>	8
Actualidad de san José, patrono del III milenio	10
«El Señor se buscó un hombre según su corazón» <i>Jacobo Benigno Bossuet</i>	12
Los orígenes de la devoción a san José <i>Javier González Fernández</i>	15
San José, patrono de las vocaciones <i>José María Alsina Casanova, hnscc</i>	20
San José en el tercer milenio <i>Enrique Garbayo</i>	22
Juan XXIII y san José <i>Balbina García de Polavieja</i>	24
La presencia de san José en Polonia <i>María Dolores Barroso</i>	26
Canadá, el hogar de san José <i>Gerardo Manresa Presas</i>	28
«La escalera de san José» <i>Isabel Ganuza Canals</i>	31
Inicio de la Adoración Perpetua en San Sebastián <i>José María Echeverría-Torres</i>	32
Schola Cordis lesu ha sido erigida en San Sebastián <i>Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea</i>	34
Proceso de establecimiento y difusión de Schola Cordis lesu como sección del Apostolado de la Oración	35
Monseñor Irurita no quiso salvar su vida al precio de una indignidad <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	36
Una virgen desposada con un varón llamado José <i>Ramón Gelpí</i>	39
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: regnat@telefonica.net
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

UNA iniciativa pastoral admirable de monseñor Dominique Rey, obispo de la diócesis francesa de Fréjus-Toulon, constituye el tema central del presente número dedicado a san José. Para prepararse a la celebración del Año de la Fe que se iniciará el próximo octubre y también con el fin de renovar el fervor apostólico tan necesario para responder a la llamada del Papa a la urgente tarea de nueva evangelización, monseñor Rey convocó a familias, movimientos y comunidades religiosas al solemne acto de consagración de la diócesis a san José, que tuvo lugar en la población de Cotignac, del departamento del Var, en la Provenza, el pasado 17 de marzo y al que asistimos invitados varios miembros de la redacción de la revista.

La diócesis de Fréjus-Toulon tiene una larga y arraigada tradición josefina poco conocida fuera de la región. En 1560 tuvo lugar en Cotignac, al pie del monte Bessillon, una aparición de san José. Muy pronto, la noticia recorrió rápidamente toda Francia y, reconocida por las autoridades eclesásticas, dio lugar a que Luis XIV declarara el 19 de marzo fiesta laborable para todo el país y consagrara Francia a san José. Estos hechos, objeto de diversos artículos del presente número, enmarcan uno de los célebres sermones josefinos de Bossuet, del que reproducimos varios fragmentos.

Como ha recordado monseñor Rey, la presencia de san José en la vida cristiana constituye, sin duda, la ayuda e intercesión eficaz que toda la Iglesia necesita para poder hacer frente a las dificultades y duras pruebas que sufre el mundo actual.

El «caminito» que santa Teresita del Niño Jesús enseñó con sus escritos y con su vida a toda la Iglesia, lo vemos realizado de la forma más eminente, sencilla y perfecta en san José. Esta creciente presencia josefina en la vida de la Iglesia, reflejada en actos tan significativos como la declaración del patronazgo sobre toda la Iglesia durante el pontificado de Pío IX; la declaración también del patrocinio sobre el Concilio Vaticano II por parte de Juan XXIII; los documentos del magisterio de León XIII y Juan Pablo II, *Quamquam pluries* y *Redemptoris custos* respectivamente; y las reiteradas alocuciones josefinas de todos los últimos pontífices, nos muestran el camino para superar estériles pesimismo y saber contemplar los acontecimientos humanos, a pesar de las graves circunstancias que atraviesa la humanidad actual, desde la entrega confiada a los planes de amor y misericordia que Dios tiene preparados para la sociedad actual desde la eternidad.

En este número también hemos querido hacer referencia a acontecimientos josefinos que han conformado la historia de otros pueblos. De un modo especial, nos hemos ocupado del Canadá y Polonia, sede de los dos santuarios josefinos más célebres del mundo, centros de reconocida piedad popular: el oratorio de San José de Montreal y la colegiata de San José de Kalisz. Terminamos pidiendo para todos los lectores y redactores de la revista la eficaz intercesión del «Dichoso san José, al que no sólo se concedió ver y oír a Dios, a quien muchos reyes querían ver y no vieron, oír y no oyeron, sino también llevarlo en sus brazos, besarlo, vestirlo y protegerlo» (Juan Pablo II).

«Cuando vemos a José, nos ponemos de rodillas para adorar a Dios Padre»

MONSEÑOR DOMINIQUE REY*

Cuando entramos en contacto con José a través de la Escritura, encontramos el silencio. Un silencio que es, más que una abstención de palabras, la densidad del misterio divino. Como la nube que acompaña al pueblo hebreo en el desierto durante el éxodo, este silencio revela y esconde al mismo tiempo. Revela la presencia de Dios, y oculta al juicio humano la profundidad de su presencia.

El silencio de José está hecho de escucha, de atención intensa a María y al niño Jesús que le ha sido confiado. Este silencio es el velo que recubre y protege la Encarnación del Verbo y la virginidad de María. Este silencio le hace pasar desapercibido, y al mismo tiempo es la expresión de la caridad de José. José pone a María y a Jesús en el proscenio de los relatos de la infancia. Él se queda en retaguardia para dejar a Dios la libertad de realizar su obra, sin ponerle obstáculos. Toda palabra habría sido deleznable frente al misterio que la Virgen llevaba en ella misma, frente al misterio de Dios hecho bebé, frente al designio escondido del Señor y que José contempla con sus ojos.

El silencio de José es elocuente. Según los Evangelios, una sola palabra brotará de sus labios. En el momento del nombramiento del niño, será José el encargado de decir «Se llamará Jesús» (Mt 1,25). «Jesús», «Dios salva», el primer anuncio *kerigmático*, fuente de cualquier otra predicación.

El silencio de José nos conduce al misterio de su propia elección. José es al mismo tiempo padre y virgen; contemplativo y trabajador; obedece a Dios y manda a Jesús. Esta vocación original reclama de su parte una fe absoluta, una fe oscura que resume el comentario del Evangelio a propósito del hallazgo de Jesús en el Templo, hablando de María y de José, «Ellos no entendieron lo que les decía» (Lc 2,50). Esta oscuridad de la fe es la prueba de su perfección porque supera infinitamente la debilidad del espíritu humano y excede la inteligencia, e incluso cuando ésta es abrumada, no se resigna jamás. Sí, la fe de José es firme. Desarma las dudas. Lleva a José a «ser de Dios», a «estar en Dios» en toda circunstancia, a vivir en la presencia del misterio los detalles de la vida ordinaria, de la vida de familia y de trabajo en Nazaret.

Qué contraste con nuestra sociedad que exalta las apariencias, que promueve la imagen de sí mismo y la eficiencia. José, doctor del silencio, nos abre al contrario, la pequeña vía de Nazaret (como Teresa de Lisieux), hecha de confianza, de abandono filial, de respeto, de docilidad a Dios. Los grandes designios de Dios, con José pasan por la humilde fidelidad en el día a día y por el cumplimiento del deber de estado.

1. La primera vocación de José es ser el esposo de la Virgen María

La primera recompensa de José ha sido vivir al lado de María, como más tarde el Discípulo Amado; él recibió a María en su casa.

La elección de María ha sido sustentada por su casto amor por ella. Su belleza interior, su pureza sin defecto, su integridad moral, su impulso hacia Dios... todo lo que ha encontrado en el alma de María, y sin explicar la causa, ha alegrado el corazón de José. Sus ojos veían en María, y hasta en su carne, la obra del Señor. Todo en ella hablaba de Dios. Al contacto con María, José ha comprendido que se puede amar sin poseer, que desear el bien del otro es ayudarle a entrar en los proyectos que Dios ha comenzado a realizar en él. Esta es la razón por la cual José repudiará a María en secreto, con el fin de no ser un obstáculo a la predilección de Dios hacia ella.

María ensanchó el corazón de José. Le hizo descubrir la profundidad de su propia interioridad que es la habitación del Espíritu Santo. María le revela que la castidad del amor es darse al otro sin encerrarlo en una relación acaparadora. En estos momentos en que el matrimonio entre el hombre y la mujer es puesto en duda para sustituirlo por otras formas de asociación afectiva, en estos momentos en que tantas parejas son inestables y hay tantas familias en desintegración, el amor conyugal de José y de María testimonia la bendición de Dios. Subraya que la perfección del matrimonio, bendecido por el Señor, abre la castidad recíproca a la fecundidad. La conyugalidad se vuelve oblativa y se abre a la acogida de la vida. Este es el

* Monseñor Rey pronunció esta homilía con motivo de la consagración de su diócesis de Fréjus-Toulon a san José, en Cotignac, el pasado 17 de marzo.

camino que José ha emprendido y que inaugura en Cristo una alianza nueva entre el hombre y la mujer, una recreación de la familia original, herida por el pecado. La Santa Familia es la matriz de la Iglesia. Este camino de conversión con María, conduce a José a acoger una segunda vocación: José está llamado a ser padre.

2. José ha sido esposo, y también padre

«Cuando vemos a José, nos ponemos de rodillas para adorar a Dios Padre», decía de manera audaz uno de los maestros de la Escuela francesa, M. Olier. Jesús es para José, y por lo tanto para nosotros, el reflejo del Padre celestial.

En Jesús, Dios ha querido obedecer a un hombre. Jesús obedece a José, y éste obedece al Padre. José conocía la superioridad de su inferior. Es en el interior de este conocimiento que anida su profunda humildad.

No se nace padre, se nace hijo. Y la educación consiste a enseñarle a ser hijo, para que un día, tenga la oportunidad de ser padre. Sí, porque José ha sido totalmente hijo, en la humildad, la confianza, la obediencia a Dios Padre, Dios le ha otorgado el favor y la responsabilidad de ser a su vez padre, padre adoptivo de su Hijo predilecto.

¿Cuáles son los rasgos característicos de la paternidad de José?

La paternidad de José es en primer lugar *educativa*. José ejerce la autoridad parental sobre Jesús. El origen de la palabra «autoridad» significa «hacer crecer». Esta es la misión que corresponde a los educadores. La autoridad consiste, sin ejercer un dominio, en la búsqueda del bien de aquel que nos es sumiso.

La paternidad de José es igualmente *patrimonial*. Por otra parte, el evangelio de Mateo evoca la figura de José en el interior de una genealogía (Mt 1,16). La función del padre es asegurar la inscripción del hijo en un linaje, una tradición, una cultura. El padre da el sentido del antecedente, del ascendente y de la historia. Hace memoria, y por ello, inicia al sentido de la patria (palabra cuya semántica está relacionada con la paternidad). El respeto del cuarto mandamiento es la garantía más segura para conocer y transmitir un patrimonio «Honra a tu padre y a tu madre». Siendo un espacio para la experiencia de la alteridad, la célula familiar, estructura fundamental de la sociedad, es un lugar indispensable de memoria y de rito, en un mundo amnésico, sin raíces.

La paternidad de José es *protectora de la vida*.

José es testigo del origen divino de Jesús, del carácter sagrado de la vida que le ha sido confiada.

Hoy, la voluntad de disponer de la vida, ya sea para suprimirla cuando molesta, cuando no corresponde a las normas que se han fijado, o bien sea para fabricarla manipulando embriones como material de laboratorio; esta voluntad de demiurgo de crearse el Creador, de pretender dominar el origen, de querer ser el autor, es la forma pseudocientífica del ateísmo. Esta cultura abortiva, hoy día banalizada, subvencionada, conduce directamente a la barbarie, decidiendo arbitrariamente quien tiene derecho a vivir y quien merece morir.

San José merece el título de «defensor de la vida y de su misterio» que le atribuía Juan Pablo II. José ha arrancado el Niño Jesús a la masacre de los Santos Inocentes (Mt 2,16s). Ha salvado del genocidio a Jesús, autor de la Salvación. En este salvamento, José inicia de cierta manera a Jesús en su misión redentora.

José ejerce finalmente una *paternidad sacrificial*. Los Padres de la Iglesia evocaban el hallazgo de Jesús, como la Pasión de José.

El relato del hallazgo (Lc 2,41s) constituye una segunda presentación de Jesús en Jerusalén. Perdiendo a Jesús, José y María experimentan el alejamiento de Dios. Para ellos, de una cierta manera, se trata de inmolarse el hijo para que continúe su misión. Esta segunda presentación, anticipa una tercera presentación, la de la muerte de Jesús, cuando María, al pie de la Cruz, ofrecerá silenciosamente a Dios el fruto bendito de sus entrañas.

Después de Abraham que sacrificó a su hijo Isaac, de David desconsolado frente a la desaparición de su hijo Absalón, la paternidad de José es crucificada. José sufre por su hijo y con su hijo, ya que Jesús pertenece más al Padre celeste que a él mismo. Así, José ha vivido por anticipación la hora del «via crucis» de Jesús. La muerte a sí mismo de José prepara la de su hijo en el Gólgota. La profetiza.

Queridos hermanos y hermanas, al término de la novena que acabamos de vivir, vamos en unos instantes a consagrarnos a san José, o más exactamente a consagrarnos a Dios por la mediación de José. Si Dios le ha elegido como protector de su Hijo, cuanto más estaremos nosotros invitados a ponernos bajo su guarda, a inspirarnos en sus virtudes y a entrar como él, en la santificación del día a día, al lado de Jesús y de su Madre. Acojámosle en este día, como un padre, como un maestro, como un compañero para comprometernos cada vez más en los caminos de la misión. La Nueva Evangelización comienza por nosotros mismos. Esta es la gracia de este día. Esta es la santidad de san José.

Acto de consagración

Esta consagración de la diócesis de Fréjus-Toulon fue realizada por su obispo monseñor Dominique Rey, el pasado 18 de marzo, en el santuario de Bessillon, de Cotignac.

«Señor Jesús, en este lugar de Bessillon, José, tu padre nutricio, se manifestó, el 16 de junio de 1660, a un joven pastor, Gaspar. Ahora, nosotros venimos a pedir la ayuda y la protección de san José, y a confiar a su solicitud paternal nuestra diócesis de Fréjus-Toulon, sus sacerdotes, sus diáconos, sus religiosos y religiosas, y todas las familias y todos los habitantes del Var.

José, tú, el casto esposo de la Virgen María, ayuda a los esposos a recuperar el fervor de su primer amor, y la gracia del sacramento que ellos se dieron mutuamente. Asísteles a fin de que puedan superar los conflictos, ábreles al perdón recíproco. Confiamos a tu paternal solicitud a los esposos estériles. Protege a los novios en el deseo de darse el uno al otro, en el respeto de cada uno y en total libertad. Que su corazón se abra del todo a la acogida de los hijos que nacerán de su amor.

José, tú, padre adoptivo de Jesús en Belén, enséñanos a defender la vida humana desde su concepción. Te confiamos todos los seres que han sido asesinados en el seno de su madre, la angustia de las madres, la inconsciencia trágica de los que han practicado el aborto. Tú, que has librado a Jesús de la masacre de los Santos Inocentes, haz de nosotros y de nuestros dirigentes unos protectores de la vida humana. Protege a los huérfanos y a todos los niños de los comportamientos violentos y errados de los adultos.

José, patrono de la buena muerte, disponnos para encontrar apaciblemente al Señor el día que Él nos llame para dejar esta tierra. Libra a nuestra sociedad de la tentación mortífera de practicar y de promover la eutanasia y el suicidio.

José, guardián de la Sagrada Familia, te presentamos a cada una de nuestras familias. Imploramos, que, siguiendo el ejemplo de tu coraje y de tu docilidad al Espíritu Santo, asumamos con fidelidad y sabiduría las responsabilidades educativas y familiares que tú les has confiado. Que podamos predicar la fe a nuestros niños primero con el ejemplo de nuestra manera de vivir. Por la plegaria de san José, Señor, bendice a todas las familias de la tierra, bendice a todas las comunidades, bendice y protege a Francia.

José, en tiempos de prueba, recordamos

que tú encontraste al Niño Jesús después de haberlo buscado angustiosamente. En la hora de la duda y en medio del desánimo, ven en nuestra ayuda a fin de que podamos encontrar a Cristo y buscarlo sin cesar. En especial, confiamos a tu intercesión la situación de los cristianos perseguidos, en particular en Oriente Medio, i el fin de todas las formas de terrorismo y de violencia, así como de la guerra civil en Siria.

José, tu el servidor atento de Jesús y de María en los caminos del éxodo, haz que estemos cerca de los excluidos, de los vagabundos, de los extranjeros. Ayúdanos a entender que el amor no tiene fronteras, y que cada uno de nosotros es responsable de nuestros hermanos y hermanas

en humanidad.

José, a ti, humilde artesano de Galilea, confiamos nuestro trabajo, aquellos con los que y para los que trabajamos, y también aquellos que carecen de empleo y de recursos. Enséñanos a santificarnos y a santificar al Señor mediante nuestro trabajo. Ayúdanos a compartir el fruto. Y a ti, que has proveído a las necesidades materiales de la Sagrada Familia, confiamos la vida temporal de nuestras familias, de nuestras comunidades y de nuestra diócesis.

José, doctor del silencio, siguiendo a Jesús, inspíranos para pronunciar con atención la plegaria que Él nos enseñó. Despierta nuestros corazones al sentido del recogimiento, a la interiorización, a la escucha de la Palabra de Dios, para que la pongamos en práctica.

José, padre de la nueva evangelización, te presentamos la vitalidad misionera de nuestra Iglesia, de nuestras parroquias, de nuestras familias, de nuestras comunidades. Por tu súplica ferviente, suscita una nueva generación de testigos del Evangelio. Por tu oración, suscita vocaciones sacerdotales y religiosas. Fortalece la paternidad espiritual de los sacerdotes y su caridad pastoral. Sostén la fidelidad de las personas que se han consagrado a ti, por medio de los consejos evangélicos, y el compromiso misionero de las familias en el corazón de nuestro mundo.

San José, en este día te consagramos la Iglesia que está en Var, nuestras familias, nuestras comunidades; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»



Cotignac 2012: Año de la Fe bajo el patrocinio de san José

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

CUANDO nos llegó la noticia de que monseñor Dominique Rey, obispo de Fréjus-Toulon iba a consagrar su diócesis a san José el 17 de marzo de 2012 en el pueblecito de Cotignac, algo sabíamos de su santuario mariano de Val-de-Grâce, pero apenas nada de que su esposo, el santo Patriarca, se había aparecido en aquel lugar en pleno corazón de la Provenza en el siglo XVII al pastor Gaspard Ricard. El cartel anunciaba: «Cotignac 2012, Año de la Fe bajo el patrocinio de san José». Nos pusimos en camino.

La primera de las sorpresas fue al anochecer de la víspera, al llegar a la vecina parroquia del Carmen en Le Luc, confiada a celosos sacerdotes del Instituto del Verbo Divino, cuando al entrar en la iglesia vimos a unas docenas de jóvenes adoradores postrados ante el Santísimo Sacramento expuesto en la custodia. Comenzaba a resquebrajarse la extendida imagen de la irreversiblemente descristianizada Francia.

Al acercarnos a la mañana siguiente al pueblo de Cotignac nos perseguía la sorpresa viendo por el camino a grupos de jóvenes peregrinos mochileros con sus cruces y estandartes, dirigidos por sus también jóvenes capellanes y animosas monjas, todos ellos dando sin complejo testimonio de su fe con sus hábitos religiosos o sacerdotales. Llegados al pie del santuario de san José eran ya cientos los coches aparcados de los que descendían familias con sus tres generaciones: abuelos, hijos y nietos. Nos recordaban a la España de nuestra juventud; pero no, eran los brotes de la Francia cristiana renaciente del siglo XXI en una diócesis confiada a un obispo sobrenatural.

Nos parecía vislumbrar el plan del Corazón de Jesús, que al tiempo que permite la apostasía de muchos, envía al Espíritu Santo a suscitar renovados brotes en el viejo tronco de las antiguas cristiandades con la fuerza del carisma de su antigua observancia fundacional, así como nuevos y vigorosos movimientos sobrenaturales de recio cuño y admirable fecundidad. El obispo Dominique Rey, de la Comunidad Emmanuel, recibió el don de transmitir el mensaje de misericordia del Corazón de Jesús para con los hombres de nuestro tiempo siendo superior de los santuarios de Paray-le-Monial, y ha integrado a unas y otras comunidades y movimientos en su pastoral evangelizadora con sus propios

carismas, bajo la única condición de su ortodoxia doctrinal y su sumisión a la jerarquía. Los frutos han superado toda expectativa.

El Niño Jesús descubre a su padre José los misterios de misericordia de su Corazón para con la humanidad.

Abarrotada ya la explanada de fieles devotos de san José, seguían llegando nuevos grupos dirigidos por sacerdotes, carmelitas, franciscanos, barbados capuchinos, dominicos de blanco hábito y negra capa, benedictinos, cistercienses... y muchos jóvenes religiosos y monjas de nuevas congregaciones con hábitos desconocidos para nosotros, que se arrimaban por el altozano que circunda el altar. Nos parecía estar en la ladera del lago en espera del Sermón de la Montaña.

El altar se hallaba presidido por una preciosa imagen de Saint Joseph du Sacré Coeur, con su hijo Jesús en brazos, indicando su Corazón llameante circundado por la corona de espinas y presidido por la cruz, tal como santa Margarita María nos refiere se le apareció. Jesús mira a su padre, a san José y señalándole su Corazón parece iniciarle en sus insondables misterios de misericordia, que José escucha atento con los ojos bajos.

Por fondo, en el altar, las palabras del santo: «Je suis Joseph, enlève là et boiras» que en langue d'oc fueron: «Léu siéu Jousé; enlevo-lou e béuras», o sea: «Yo soy José; levántala y beberás», breve expresión del santo al pastor Gaspard Ricard en el caluroso 7 de junio de 1660 cuando sediento conducía sus ovejas por la ladera del monte Bessillon. Según las crónicas, la señalada era una gran piedra que ocho hombres apenas podrían mover; ¿cómo iba a levantarla él solo? San José repitió la orden, el joven pastor obedeció, y sin mayor esfuerzo desplazó la roca, comenzando a manar en su hueco una fuente de agua fresca. Tras haber bebido, Gaspar se levantó, pero la aparición había desaparecido. Bajó corriendo al pueblo a dar la noticia, y al llegar al lugar los vecinos comprobaron que fluía agua en abundancia en un sitio donde antes nunca había existido un manantial. En octubre de aquel año de 1660 se construyó una capillita en honor de san José, pero, dada la afluencia de peregrinos y las milagrosas curaciones, pronto se tuvo que ampliar. Ya en la fiesta de san José del siguiente año 1661 acudieron muchedumbres al Santuario, que fue consagrado en 1663.

Desde entonces habían transcurrido 352 años, y aquella mañana partía de su capilla hasta la explanada una larga procesión de más de cien presbíteros concelebrantes –en una diócesis de no más de trescientos– la mayoría jóvenes, de distintas procedencias, unidos en la confianza en el patrocinio del santo Patriarca para la nueva evangelización, acompañando hasta el altar a monseñor Rey en su solemne consagración de toda su diócesis. Se esfumaron las nubes amenazantes y el sol de Provenza brilló en todo su esplendor. Los cantos enmarcaron las lecturas de la Santa Misa con la unción y modulación que saben darle los franceses. La espléndida homilía de monseñor Rey y su inspirada consagración de la diócesis traspuso el espíritu a las puertas del paraíso imaginando verlas abrirse de un momento a otro y contemplar en su entrada a san José con su Hijo mostrándonos como a él su divino Corazón, en quien hay que poner toda nuestra esperanza. Terminada la Santa Misa acudimos al Santuario a beber de la fuente y a proveernos de estampas, medallas y folletos de la aparición.

En el santuario de Val-de-Grâce

El pequeño pueblo de Cotignac reúne en su término dos famosos santuarios de la Sagrada Familia: el de Val-de-Grâce, dedicado a Nuestra Señora, y el de Bessillon a su esposo san José, distantes sólo tres kilómetros. Tras el almuerzo junto a la fuente del santo, nos desplazamos al vecino santuario mariano de Val-de-Grâce, para participar en la procesión con la imagen del santo Patriarca.

A la mayoría de los franceses de hoy el nombre de Cotignac no les recuerda tanto la aparición de la Virgen en 1519, sino más bien la personal de san José en 1660, única reconocida hasta ahora en la historia de la Iglesia. San José se ha aparecido en varios lugares acompañando a su esposa, así en la última aparición de la Virgen María en Fátima el 13 de octubre de 1917, en que san José se apareció con el Niño en brazos bendiciendo al mundo. Otro caso muy conocido es el de la aparición de Knock, en Irlanda, pero la única aparición sólo de san José reconocida oficialmente por la Iglesia ha sido hasta ahora la del monte Bessillon en Cotignac.

En este santuario de Saint Joseph se instaló en 1977 un monasterio de benedictinas procedentes de Argelia. Todos los miércoles tras la misa cantada, tiene lugar una peregrinación, rezando el Rosario, bajando por el camino de tres kilómetros hasta el santuario de Notre Dame de Grâces, que está hoy a cargo de los hermanos de la Comunidad de San Juan

y de un convento de hermanas contemplativas de dicha congregación. Sus peregrinaciones ahora se centran fundamentalmente en la defensa de la familia. Siguen acudiendo a ellas los matrimonios que desean tener hijos, pero en los últimos años ha surgido un apostolado nuevo relacionado con la dramática tragedia del aborto: el 29 de septiembre y el 28 de diciembre tienen lugar sendas peregrinaciones por la vida, donde se busca la reconciliación de las madres que quieren ser perdonadas por haber abortado. Así, Nuestra Señora de las Gracias no sólo bendice y protege a las futuras madres, sino que acoge también amorosamente a aquellas otras madres frustradas, que buscan la reconciliación con Dios tras haber despreciado alguna vez el don de la vida. Este apostolado de reconciliación se va extendiendo a otros santuarios marianos (Montligeon, en Normandía; Walsingham, en Inglaterra; en Brasil, etc.)

La tarde del sábado 17 de marzo la capilla de Val-de-Grâce, tras la procesión con san José alrededor del santuario, no daba abasto a la multitud de devotos que se agolpaban a sus puertas para escuchar la prédica del entusiasta padre Verlaine sobre «San José y la Nueva Evangelización». Su magnífica exposición resultaría profética, pues, como última sorpresa, de vuelta a Barcelona leíamos la grata noticia, fechada el 18 de marzo, de que el papa Benedicto XVI nombraba personalmente a monseñor Dominique Rey, que acababa de consagrar su diócesis a san José, como quinto representante del episcopado francés en el próximo Sínodo de Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana, añadiendo su nombre al de los cuatro obispos designados por la Conferencia Episcopal gala.

Aquella misma tarde del 18 de marzo de 2012, la venerada imagen del santo Patriarca salía por primera vez del entorno de su santuario barcelonés de San José de la Montaña para ser llevado en andas por multitud de fieles en solemne procesión por la avenida Diagonal y principales calles de la metrópolis de Barcelona, para realizar su primera visita al templo expiatorio erigido en honor de su Sagrada Familia por su asociación de devotos. El cardenal arzobispo de la diócesis salía a su encuentro para recibirle e introducirle en su casa.

Son demasiados acontecimientos para atribuirlos a meras coincidencias. Parece llegado el tiempo en que el Santo Patriarca, despejando aquella supuesta somnolencia en que algunos quisieron recluirle, asuma el patrocinio que su Hijo Jesús le reserva en la actual tarea que se inició en su santuario de Cotignac: «2012, año de la Nueva Evangelización, bajo la protección de san José».

La consagración de Francia a la Virgen María

OLEGUER VIVES GIL

Aparición de la Virgen en Cotignac

DIEZ de agosto de 1519. En Cotignac, Jean de la Baume, un humilde leñador, hombre serio y con fama de piadoso, salió de su casa, para iniciar su jornada de trabajo, y subió al monte Verdaille, lugar desde el que se domina el pueblo de Cotignac. Cuando llegó, se puso de rodillas para rezar. Acostumbraba a hacerlo de esta manera, para ofrecer su trabajo al Señor.

Cuando terminó de rezar, al ponerse de pie, se vio rodeado por una nube en la que se le apareció la Virgen, con el Niño Jesús en sus brazos y una medallana bajo sus pies. La Virgen que venía acompañada por el arcángel san Miguel y san Bernardo, uno a cada lado, se dirigió a Jean de la Baume con las siguientes palabras:

«Soy la Virgen María. Vaya a decirles al clero y a los ‘cónsules’¹ de Cotignac que me construyan aquí mismo una iglesia, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Gracias; y que se venga en procesión para recibir los dones que quiero repartir allí.»

Después de decir esto, la Virgen se fue.

El leñador no se atrevió ese día a transmitir el mensaje que había recibido, y al día siguiente, nuevamente en el monte Verdaille, tuvo una segunda aparición. Este hecho le animó para hacer lo que la Virgen le había pedido y, fruto de ello, el 14 de septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, los habitantes y concejales de Cotignac acudieron al lugar indicado en procesión. Ese mismo día iniciaron también la construcción de una primera ermita que pronto se quedó pequeña, en la que también se colocó un retrato de la Virgen con el Niño Jesús en brazos, que se pintó siguiendo las indicaciones de Jean.

Se sucedieron los milagros e incluso se hacían peregrinaciones oficiales desde otras ciudades cercanas, como es el caso de Aix-en-Provence. En estas peregrinaciones se pedía a Nuestra Señora de las Gracias protección ante peligros, especialmente ante epidemias de la peste. Cabe decir que Cotignac no sufrió nunca epidemias. Nuestra Señora de Gracias pronto se convirtió en intercesora para las mujeres que tenían dificultades para concebir o llevar a feliz término su embarazo.

1. *Cónsules*: palabra que se usaba en provenzal en aquella época para referirse a los concejales.

Construcción de la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, de los padres agustinos

OCHENTA y dos años más tarde de las apariciones que tuvo Jean de la Baume, el 14 de mayo de 1601, nacía Luis XIII en el castillo de Fontainebleau, París. Hijo de Enrique IV y María de Médicis, a la muerte de su padre contaba con tan sólo 9 años, con lo que su madre se hizo cargo de la regencia, adoptando una política distinta a la de su esposo. Un ejemplo de ello es su aproximación a España, casando, en el año 1615 en Burdeos, a Luis XIII con Ana de Austria, hija de Felipe III.

En 1617 el heredero asumió el trono y, bajo la influencia de su madre, nombró primer ministro al cardenal Richelieu, que se hizo cargo del gobierno.

Unos años más tarde, en 1625, los hugonotes franceses, facción protestante de doctrina calvinista, con el apoyo del rey Carlos I de Inglaterra, se levantan en armas frente a Luis XIII con el fin de extender su doctrina y sus ideas. Se alcanzó la paz dos años después con el asedio de la plaza de La Rochelle por parte del ejército real. Pero pronto vuelven a alzarse, prolongándose la guerra hasta 1629, en que fueron derrotados, firmándose el edicto de Alais,² que confirmaba y hacía más severo el edicto de Nantes.

En agradecimiento a estas victorias que garantizaban la unidad de su reino, Luis XIII financió la construcción de una iglesia conventual de los padres agustinos en París, que se inició en diciembre de 1629, y que quiso poner expresamente por estos hechos bajo la advocación de «Nuestra Señora de las Victorias».

Novenas por el nacimiento del rey

HACÍA ya veintiún años que Luis XIII y Ana de Austria se habían casado, y no habían tenido ningún heredero para el trono.

La Santísima Virgen estaba preparando algo muy grande para Francia y, con ese propósito, en 1636, le pidió a la madre Ana María de Jesús Crucificado, una religiosa que había recibido los estigmas y a

2. Edicto de Alais: permitía la libertad de culto en todo el país, excepto en París, y revocaba la posibilidad, para los protestantes, de conservar plazas fuertes militares (se les había permitido en el edicto de Nantes).

quién el cardenal Richelieu tenía en gran aprecio, que Francia se consagrara a ella.

Cuando Luis XIII se enteró de este hecho, consagró interiormente, en la intimidad de su corazón, su persona y su reino a María y, junto con la reina, redobló sus oraciones pidiéndole a la Virgen que le concediese lo que tanto anhelaba, lo que tanto deseaba: el heredero esperado. El monarca había entregado, había compartido, su preocupación con la Virgen.

Pero no era suficiente. Tenía que quedar claro que si llegaba un primogénito sería gracias a la intercesión de la Madre de Dios. Ésta se aparece a un fraile parisino, fray Fiacre, perteneciente a la comunidad de padres agustinos de Nuestra Señora de las Victorias. Fray Fiacre, estando en el coro rezando con su comunidad, tuvo una revelación interior confirmada posteriormente por dos apariciones de la Virgen: la reina debía pedir públicamente que se hicieran tres novenas en honor de Nuestra Señora y le sería dado el hijo. La primera novena se haría en Nuestra Señora de las Gracias, la segunda en Notre-Dame de París y la tercera en Nuestra Señora de las Victorias. Se hizo llegar el mensaje a la reina y fray Fiacre fue enviado personalmente por el rey a Cotignac, el 5 de octubre de 1637, para empezar las tres novenas que había solicitado la Virgen. Acabó las novenas el 5 de diciembre y, nueve meses más tarde, nació el que sería Luis XIV. Fue bautizado con el nombre de Louis Dieudonné (Luis Diosdado), que hacía una clara referencia a la intervención directa y manifiesta que había tenido el Señor, por mediación de María, para colmar el deseo de aquel matrimonio.

Años más tarde, en 1660, Luis XIV fue personalmente a Cotignac, acompañado de su madre (su padre ya había fallecido), para agradecer a Nuestra Señora de las Gracias el don del nacimiento.

El voto de Luis XIII

LUIS XIII, tan pronto como supo que su mujer estaba esperando un hijo, sin esperar a que naciera, no dudó en satisfacer el deseo que Nuestra Señora le había transmitido a la madre Ana María de Jesús Crucificado, y consagró toda la nación a la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción.

Publicó el edicto de 10 de febrero de 1638, y procuró que fuera registrado por el Parlamento como un acto de la autoridad soberana. A continuación se transcribe una parte del edicto mencionado:

«Tantas gracias recibidas y evidentes hacen que nos sintamos obligados a consagrarnos a la grandeza de Dios por su Hijo rebajado a nuestra condición, y a ese Hijo por su Madre, bajo cuya protección ponemos particularmente nuestra persona,



El voto de Luis XIII, de Ingres

nuestro Estado, nuestra corona y nuestros súbditos. Nuestras manos no son suficientemente puras para presentar nuestras ofrendas, creemos que aquella que ha sido digna de llevarlas las convertirá en hostia adorable, pues es razonable esperar que habiendo sido ella la mediadora ante los beneficios recibidos, lo sea también de nuestra acción de gracias.»

Y el mismo día consagró Francia a la Virgen con la siguiente fórmula:

«Tomo a la bienaventurada y gloriosísima Virgen María por patrona especial de mi Reino; a ella dedico y consagro de un modo formal mi persona, mi cetro, mi corona y mis súbditos.

»Hago voto solemne y perpetuo de renovar esta consagración anualmente en la fiesta de la Asunción, para que, mediante el socorro de este eficazísimo patrocinio, Francia sea en todo tiempo amparada, y el Señor muy bondadoso y grande, sea de tal manera honrado con dicho culto que, mediante su protección, puedan soberano y súbditos desear y alcanzar este fin celestial para el cual hemos sido creados.»

Este voto se sigue celebrando todos los años el 15 de agosto en Notre-Dame de París y otras catedrales de Francia.

Actualidad de san José, patrono del III milenio*

Cotignac

EXISTE una relación privilegiada entre la diócesis de Fréjus-Toulon y san José. El santuario de Cotignac, en el corazón del Var, nos recuerda la presencia discreta y la intercesión eficaz del padre adoptivo de Jesús. Después de que la Virgen María, Nuestra señora de las Gracias, se hubo aparecido a un leñador en 1519 en el monte Verdaille, estaba reservada a un humilde pastor una de sus raras apariciones, en el mes de junio de 1660, no lejos de allí, a los pies del monte Bessillon. San José se manifestó a Gaspard Ricard para calmar su sed. Señalándole una gran roca, le dijo simplemente: «Yo soy José, levántala y beberás».

Francia se consagra a san José

Es poco sabido que uno de los primeros actos del gobierno de Luis XIV está relacionado con este acontecimiento. Venido en peregrinación a Cotignac unos meses antes, se manifestó muy sensible a la aparición de san José y manifestó su deseo de consagrarle su reino. Es lo que hizo el 19 de marzo de 1661, tan sólo diez días después de su ascensión al trono. Para esta primera celebración solemne en Francia de la fiesta de san José Bossuet pronunció un panegírico en la capilla real de Versalles.

Redemptoris custos

CON ocasión del centenario de la encíclica del papa León XIII (*Quamquam pluries*, 15 de agosto de 1889), que trataba del patrocinio de san José y de la Virgen María, que es necesario invocar a causa de las dificultades de los tiempos presentes, el bienaventurado Juan Pablo II dio a conocer el fruto de su meditación sobre san José en la exhortación apostólica *Redemptoris custos* (15 de agosto de 1989). «En estos tiempos difíciles para la Iglesia, decía él, Pío IX, queriendo confiarla a la protección especial del santo patriarca José lo declaró patrono de la Iglesia católica (1870)». Pero para Juan Pablo II, no se trataba tanto de alimentar y fomentar la piedad de los fieles como de designar a

san José como patrono de la Iglesia de nuestro tiempo y de mostrar su actualidad.

«El patrocinio debe invocarse, y es siempre necesario a la Iglesia, no sólo para defenderla de los peligros siempre renovados sino también y sobre todo para sostenerla en los esfuerzos redoblados de evangelización del mundo y de nueva evangelización de los países y de las naciones “donde –como lo he escrito en la exhortación apostólica *Christifideles laici*– la religión y la vida cristiana en otro tiempo no podían ser más florecientes” y que “ahora están sometidos a una dura prueba”. Para aportar el primer anuncio de Cristo o para presentarlo de nuevo allí donde ha sido abandonado u olvidado, la Iglesia necesita una especial fuerza de lo alto, don del Espíritu del Señor, ciertamente, pero no sin relación con la intercesión y el ejemplo de sus santos». (Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, 29).

Un padre para la Nueva Evangelización

HAY que situarse en este nivel cuando se contempla la vida y el papel de san José en la Iglesia. Después de que el papa Benedicto XVI hubiera creado el nuevo Consejo Pontificio consagrado a la Nueva Evangelización (12 de octubre de 2010) y haya convocado el próximo Sínodo de Obispos sobre el mismo tema en el próximo mes de octubre, es necesario ampliar los horizontes sobre esta visión para la Iglesia de hoy y de mañana; la de una Iglesia decididamente evangelizadora. San José se presenta como uno de los artífices de la renovación misionera y del impulso apostólico necesario para nuestro tiempo.

En este espíritu, nuestro obispo, después de haber renovado solemnemente, hace tres años, la consagración de nuestra diócesis al Corazón Doloroso e Inmaculado de María (18 de mayo de 2008), desea proseguir por este camino con una consagración a san José el próximo 17 de marzo. Consagrarle nuestra diócesis es reconocer y acoger en él a un padre para la nueva evangelización y no se puede reducir a un simple acto de devoción privada. ¿Quién mejor que él, en efecto, es capaz de «reavivar en nosotros el impulso de los orígenes y el ardor de la predicación apostólica» (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 40)

*Texto reproducido de la página web de la diócesis de Fréjus-Toulon: www.diocese-frejus-toulon.com



Monseñor Dominique Rey, obispo de Fréjus-Toulon

San José, protector del Concilio Vaticano II

POR otra parte, este año se celebra el cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II, «la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo xx y que nos ofrece una brújula segura para reorientarnos en el camino en el siglo que comienza» (Juan Pablo II, *ibid.*, 57). Antes de la apertura de los trabajos, en el mes de octubre de 1962, el papa Juan XXIII proclamó solemnemente a san José como protector del Concilio ecuménico (carta apostólica *Le voci*), el 19 de marzo de 1961, confiándole su preparación y su buen desarrollo. No es baladí señalar aquí lo que es sin duda más que un acto de devoción del venerable Juan XXIII. En octubre de 1962, en la apertura del Concilio, a fin «de asegurar la renovación de la Iglesia frente al mundo moderno, y para preparar la unidad de los cristianos», ofreció su anillo papal a san José y lo envió a Kalisz, en Polonia, donde los fieles han establecido la costum-

bre, a partir del siglo xvii de hacer sus ofrendas votivas al cuadro milagroso que representa a san José. Juan Pablo II, el 19 de marzo de 2004, renovará este gesto en el cuadro de Wadowice, su población natal, ante el cual tenía la costumbre de rezar. Recordemos, en fin, que el bienaventurado Juan XXIII hizo incluir la mención a san José en el canon de la misa: lo anunció durante el discurso de clausura de la primera sesión del Concilio, el 8 de diciembre de 1962 (cf. RS, 6).

El Año de la Fe

CUANDO nos encontramos ante la puerta de la fe (cf Hech 14,27), el papa Benedicto XVI acaba de promulgar un Año de la Fe. San José nos ayudará a atravesar el umbral de este Año, él que nos ha precedido en la escucha de la Palabra de Dios y en la obediencia de la fe. «Nunca como ahora es oportuno establecer una suerte de diálogo espiritual con san José, para que ayude a vivir en plenitud este gran misterio de la fe» (Benedicto XVI, Ángelus, 18 de diciembre de 2005). La relación entre san José y el Vaticano II es de actualidad, porque el Papa anhela que se profundice en el Concilio con aires nuevos a fin de obtener una gran fuerza para la renovación de la Iglesia: «El Año de la Fe deberá ser la manifestación de un compromiso general para el redescubrimiento y el estudio de los contenidos de la fe». Por tanto, es necesario que sus textos «sean leídos de manera apropiada, que sean conocidos y asimilados», de la misma manera que se encontrará en el *Catecismo de la Iglesia católica* una ayuda preciosa e indispensable.

Jesucristo es, de alguna manera, el primogénito de los cristianos, quienes por la adopción y la Redención son sus hermanos. Y por estas razones el Santo Patriarca contempla a la multitud de cristianos que conformamos la Iglesia como confiados especialmente a su cuidado, a esta ilimitada familia, extendida por toda la tierra, sobre la cual, puesto que es el esposo de María y el padre de Jesucristo, conserva cierta paternal autoridad. Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo.

LEÓN XIII: Encíclica *Quamquam pluries*, 15 de agosto de 1889

«El Señor se buscó un hombre según su corazón» (I S 13,13)

JACOBO BENIGNO BOSSUET*

De las tres virtudes de san José: por la primera, la sencillez, buscó a Dios; por la segunda, el desapego, encontró a Dios; por la tercera, el amor de la vida oculta, gozó de Dios.

[...]

Estas virtudes particulares, este hombre de bien, este hombre a gusto de Dios y según su corazón, es lo que quiero mostraros hoy en la persona del justo José. Quito los dones y los misterios que podrían elevar su panegírico. No os digo más, cristianos, que él es el depositario de los tesoros celestiales, el padre de Jesucristo, el conductor de su infancia, el protector de su vida, el esposo y guardián de su santa Madre. Quiero callar todo cuanto reluce, para hacer el elogio de un Santo, cuya principal grandeza es haber sido de Dios sin ostentación. Las virtudes mismas, de las cuales os hablaré, no son ni de la sociedad, ni del trato: todo está encerrado en el secreto de su conciencia. La simplicidad, el desapego, el amor a la vida oculta son pues las tres virtudes del justo José, que intento proponeros. Me parecéis sorprendidos al ver el elogio de un santo tan grande, cuya vocación es tan alta, reducido a tres virtudes tan comunes: pero sabed que en estas tres virtudes consiste el carácter de este hombre de bien del que estamos hablando; y me es fácil haceros ver que también en estas tres virtudes consiste el carácter de San José. Pues, Hermanas, a este hombre de bien, al cual contemplamos, para ser según el corazón de Dios, le es necesario primeramente que lo busque; en segundo lugar, que lo encuentre y en tercer lugar, que se complazca en él. Quienquiera busca a Dios, que busque con simplicidad a aquél que no puede soportar los caminos desviados. Quienquiera quiere encontrar a Dios, que se desapegue de todas las cosas para encontrar a aquél que quiere ser él solo todo nuestro bien. Quienquiera quiere gozar de Dios, que se esconda y se retire para gozar en el reposo, en la soledad, de aquél, que no se comunica entre la turbación y la agitación del mundo. Es lo que ha hecho nuestro patriarca. José, hombre simple, buscó a Dios; José, hom-

bre desapegado, encontró a Dios; José, hombre retirado, gozó de Dios: tal es la división de este sermón.

PRIMER PUNTO

[...]

Dios ordenó al justo José recibir a la divina Virgen como a su Esposa fiel, mientras su embarazo parece acusarla; considerar como a su Hijo propio un niño que no es suyo sino porque está en su casa; reverenciar como a su Dios a aquél al cual está obligado a servir como protector y guardián. En estas tres cosas, hermanos, en las que se deben tener sentimientos delicados y que la naturaleza no puede dar, sólo una extrema simplicidad puede hacer al corazón dócil y disponible. Veamos lo que hará el justo José. Señalaremos aquí, que con respecto a su santa Esposa, nunca fue más modesta la sospecha, ni la duda más respetuosa: pero en fin era tan justo, que no podía desengañarse sin la intromisión del cielo. Por eso, un ángel, de parte de Dios, le anuncia que ella ha concebido por el Espíritu Santo. Si su intención hubiera sido menos recta, si no hubiera pertenecido a Dios sino a medias, no se hubiera rendido del todo; le hubiera quedado en el fondo de su alma algún resto de sospecha mal curada y su cariño por la Virgen santa hubiera sido siempre incierto y tembloroso. Pero su corazón que busca a Dios con simplicidad, no sabe dividirse de Dios: no tiene dificultad en reconocer que la incorruptible virtud de su santa Esposa merecía el testimonio del Cielo. Supera la fe de Abrahán, aunque éste nos es presentado en las Escrituras, como el modelo de la fe perfecta. Abrahán es alabado en las santas Escrituras, por haber creído en el alumbramiento de una estéril: José creyó en el de una virgen, y reconoció con sencillez ese grande e impenetrable misterio de la virginidad fecunda.

Pero he aquí algo más admirable. Dios quiere que recibáis a este Niño de la pureza de María como a vuestro Hijo. No compartiréis con esta Virgen el honor de ser causa de su nacimiento, porque eso dañaría la virginidad; pero

Panegírico de san José pronunciado por Bossuet en el convento de las carmelitas de París en presencia de Ana de Austria, esposa de Luis XIII, el mismo día de la consagración de Francia a san José.

compartiréis con ella esas preocupaciones, esas vigili­as, esas inquietudes, con las cuales educará a ese querido Hijo: ocuparéis el lugar del padre de este santo Niño, que no lo tiene en la tierra; y aunque no lo seáis por la naturaleza, es necesario que os volváis tal por cariño. Pero ¿cómo se efectuará tan grande obra? ¿Dónde tomará ese corazón paterno, si la naturaleza no se lo da? ¿Esas inclinaciones se pueden adquirir por elección; y no temeremos aquí esos movimientos prestados y esos afectos artificiales, que acabamos de mencionar? No, hermanos; no lo temamos: un corazón que busca a Dios con sencillez es una tierra húmeda y blanda, que recibe la forma que Él le quiere dar; le sucede naturalmente lo que Dios quiere. Si pues es la voluntad del Padre celestial que José ocupe su lugar en este mundo y que sirva de padre a su Hijo, él sentirá por este santo y divino Niño, no lo duden, esa inclinación natural, todas esas dulces emociones, todos esos tiernos anhelos de un corazón paterno.

Efectivamente, durante esos tres días cuando el Hijo de Dios se evadió para permanecer con los doctores en el templo, él está tan perturbado como la misma Madre, y ella bien que lo reconoce: *Pater tuus et ego dolentes quaerebamus te*. Tu padre y yo estábamos muy afligidos. Ved, que ella lo une consigo en la sociedad de los dolores. No temo llamarlo aquí tu padre, ni pretendo dañar la pureza de tu nacimiento: se trata de cuidados y ansiedades; y por eso yo puedo decir que es tu padre, porque tiene verdaderamente inquietudes paternas. Ved, señores, cómo este hombre santo acepta simplemente y de buena fe los sentimientos que Dios le ordena. Pero, amando a Jesucristo como a su Hijo, ¿podrá ser, hermanos, que lo reverencie como a su Dios? Sin duda, y no habría nada más difícil, si la santa sencillez no hubiera hecho su alma dócil para someterse sin dificultad a las órdenes divinas.

[...]

Pues, al fin, mi divino Salvador ¿cuál es en este encuentro la conducta de vuestro Padre celestial? Él quiere salvar a los Magos que vinieron a adoraros y los hace escapar por otro camino. No lo invento, cristianos, no hago más que seguir la historia santa. Quiere salvaros a vos mismo y parece que tiene dificultad en hacerlo. Un ángel viene del cielo, a despertar, por así decirlo, a José sobresaltado, y decirle como acosado por un peligro imprevisto: «Huid rápido, partid esta noche con la Madre y el Niño, id a Egipto». Huid: ¡oh, qué palabra! Todavía si hubiera dicho: Retírate. Pero: Huid durante la noche: ¡oh, precaución de debilidad! ¿Pero qué? ¡El Dios de Israel no se salva sino al amparo de las tinieblas! Y ¿quién lo dice? Es un ángel que viene súbitamente a José como un

mensajero espantado: «De manera, dice un autor antiguo, que parece que todo el cielo se alarmó, y que el terror se esparció ahí antes de pasar a la tierra»; *ut videatur caelum timor ante tenuisse quam terram*. Pero veamos la continuación de esta aventura. José se salva en Egipto y el mismo ángel vuelve a él: «Volved, dice, a Judea, porque quienes querían la muerte del Niño están muertos». ¡Pero cómo! ¡Si éstos vivieran, Dios no estaría en seguridad! ¡Oh, debilidad abandonada y descuidada! He aquí el estado del divino Jesús; y en este estado san José lo adora con la misma sumisión, como si hubiera visto sus más grandes milagros. Reconoce el misterio de este milagroso abandono; sabe que la virtud de la fe es tener la esperanza sin ningún tipo de esperanza: *In spem contra spem*(15). Se abandona a Dios con sencillez y ejecuta sin investigar todo lo que Él manda. En efecto, es demasiado curiosa la obediencia que examina las causas de la orden: ella no debe tener ojos sino para considerar su deber y debe querer su ceguera que la hace caminar con seguridad. Pero san José tenía esta obediencia, porque creía con sencillez; y porque su espíritu, sin vacilar entre la razón y la fe, seguía con recta intención las luces que venían de arriba.

[...]

SEGUNDO PUNTO

[...]

Muchos pensarán, quizás, que siendo tan desapegado de sus pasiones, es superfluo decirlo, que también lo es de sus intereses. Pero no sé, cristianos, si esta consecuencia es bien segura. Porque este apego a nuestro interés es más bien un vicio que una pasión, porque las pasiones tienen su rumbo y consisten en cierto ardor que los oficios cambian, que el alma modera, que el tiempo se lleva, que se consume al final a sí mismo; mientras que el apego al interés se arraiga cada vez más con el tiempo, como dice santo Tomás, procediendo de la debilidad, se fortifica todos los días a medida que todo el resto se debilita y se agota. Pero sea como sea, cristianos, no hay nada más desasido de este interés que el alma del justo José. Representaos un pobre artesano, que no tiene otra herencia que sus manos, otro bien que su taller, otros recursos que su trabajo; que da con una mano lo que acaba de recibir con la otra, y se ve todos los días con sus recursos agotados; obligado sin embargo a hacer grandes viajes, que le impiden todas sus prácticas; porque hay que hablar de este modo del padre de Jesucristo, sin que el ángel enviado le diga nunca una palabra de su subsistencia. Él no

tuvo vergüenza de sufrir lo que nosotros tenemos vergüenza de decir: ¡Humillaos, oh grandezas humanas! Sin embargo, él sigue sin inquietarse, siempre errante, siempre vagabundo, solamente porque está con Jesucristo; demasiado feliz de poseerlo a ese precio. Se considera todavía demasiado rico, y todos los días hace nuevos esfuerzos para vaciar su corazón, para que Dios extienda allí sus posesiones y dilate en él su reino; abundante, porque no tiene nada; teniendo todo, porque todo le falta; feliz, tranquilo, asegurado porque no encuentra ni reposo, ni morada, ni estabilidad.

[...]

Él quiere enseñarnos, hermanas, que es una disposición de la misericordia el mezclar la amargura en todas nuestras alegrías. Pues somos viajeros, expuestos durante el viaje a la intemperie del aire y a la irregularidad de las estaciones. Durante las fatigas de tan largo viaje el alma agotada por el trabajo busca algún lugar donde descansar. Uno se divierte en un empleo, otro se consuela en su mujer, en su marido, en su familia; otro tiene su esperanza en su hijo. De este modo cada uno se divide y busca algún apoyo en la tierra. El Evangelio no censura estos afectos: pero como el corazón humano es atropellado en sus movimientos y le es difícil moderar sus deseos, lo que le era dado para relajarse, poco a poco descansa en eso y al final se le pega. No era sino un bastón para sostenerlo durante la fatiga del viaje y se hace de él una cama, para dormir ahí; y se queda, se para, sin acordarse más de Sión. *Universum stratum eius versasti in infinitate eius.* Dios le da vuelta esta cama donde se adormecía en medio de las felicidades temporales y por un azote saludable le hace sentir a este corazón cuan peligroso era ese reposo. Vivamos pues en este mundo como desasidos de él. Si estamos en él como no teniendo nada, seremos en efecto como poseedores de todo;

si nos desasimos de las creaturas ganaremos al Creador; y no nos quedará otra cosa más que ocultarnos con José, para gozar de Él en el recogimiento y la soledad: esto es nuestra última parte.

TERCER PUNTO

[...]

José tiene en su casa con qué atraer los ojos de toda la tierra y el mundo no lo conoce: tiene al Dios-Hombre y no dice ni una palabra de Él: es testigo de tan gran misterio y lo disfruta en secreto, sin divulgarlo. Los magos y los pastores vienen a adorar a Jesucristo, Simeón y Ana publican sus grandezas: ningún otro podía dar mejor testimonio del misterio de Jesucristo que aquél que era su depositario, que sabía el milagro de su nacimiento, al cual el ángel había instruido tan bien de su dignidad y de la causa de su envío. ¿Qué padre no hablaría de un hijo tan amoroso? Y, sin embargo, el ardor de tantas almas santas que se desahogan delante de él con tanto celo para celebrar las alabanzas de Jesucristo, no es capaz de abrir su boca para descubrirles el secreto de Dios, que le ha sido confiado. Erant mirantes, dice el Evangelista: aparecían asombrados, parecía que no sabían nada; escuchaban hablar a todos los otros; y guardaban silencio con tanta fidelidad, que aún se dice en su ciudad al cabo de treinta años: «¿No es éste el hijo de José?», sin que se hayan enterado nada durante tantos años del misterio de su concepción virginal. Ambos sabían que para gozar verdaderamente de Dios era necesario hacerse una soledad, que era necesario llamar a sí tantos deseos que andan errantes y tantos pensamientos que se extravían, que era necesario retirarse con Dios y contentarse con su vista.

[...]

«En el culto de la Santa Iglesia, Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, pronto tuvo su adoración incomunicable como esplendor de la sustancia de su Padre, que resplandece en la gloria de los santos. María, su madre, le siguió de muy cerca desde los primeros siglos en las representaciones de las catacumbas y basílicas, piadosamente venerada como sancta María Mater Dei. En cambio, José, fuera de algún resplendor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Pero desde un principio se deseó que su culto penetrase de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiado abandono. Éstas fueron las alegrías fervorosas reservadas a las efusiones de la edad moderna —¡qué abundantes e impresionantes!—, y entre ellas nos ha complacido especialmente fijarnos en un aspecto muy característico y significativo.»

Juan XXIII: Carta apostólica *Le voci* (19 de marzo de 1961)

Los orígenes de la devoción a san José

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

EL beato Juan XXIII, en la única encíclica de un Papa dedicada a san José, llamaba la atención sobre el «característico ocultamiento» en que ha permanecido la figura de san José durante siglos y siglos; un silencio en torno a la dignidad y la misión de san José al que ha sucedido –según expresión de Pío XI– el clamor y la voz de la gloria.

No obstante, si bien es cierto que no será hasta el siglo XVI cuando comience a estar presente en la predicación y en la piedad popular la figura de san José y que en el siglo XX se ha producido una manifestación gloriosa de este santo patriarca, ni el silencio sobre san José hasta el siglo XV es tan unánime como muchas veces se dice¹ ni en nuestra época se da aquella presencia josefina que todos los papas del siglo pasado intentaron fomentar en la Iglesia. Poner de manifiesto algunos hechos que justifiquen las afirmaciones anteriores será el objeto del presente trabajo.²

San José en la antigüedad cristiana

LA figura de san José atrajo sin duda la atención de los primeros cristianos ya que encontramos representada su imagen desde antiguo y los escritores eclesiásticos lo nombran frecuentemente y con respecto mientras la piedad popular comienza a difundir narraciones sobre la infancia de Jesús y la Iglesia celebra desde sus comienzos diversas fiestas relacionadas con los primeros años de vida del Salvador (el Nacimiento, la Circuncisión, la adoración de los Reyes Magos, etc.) en las que la memoria de san José iba unida a la de Jesús y

1. Véanse las *Actas* del Simposio Internacional celebrado en Roma en el primer centenario de la proclamación del patrocinio de san José sobre la Iglesia por Pío IX con el tema «San José en los primeros quince siglos de la Iglesia», en el que se recogieron los testimonios de centenares de autores, dejando demostrado que la comprensión que acerca de san José tiene la Iglesia contemporánea se enlaza con la tradición de la Iglesia y se origina en la Revelación, aunque sólo se haya aclarado y explicitado a lo largo de un proceso secular en el que los últimos siglos, posteriores al siglo XV, constituyen la época de mayor eclosión y desarrollo (cf. Canals Vidal, F. *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona, Editorial Balmes, 1994, pág. 64).

2. Seguiremos para ello el artículo del abbé Joseph Dusserre, «Origines de la dévotion à saint Joseph», en *Cahiers de josphologie*, vol. I y II, Montréal.

la Virgen. Sin embargo, no será hasta el siglo IV-V donde encontremos testimonios más significativos de una devoción josefina, como los de san Jerónimo († 419) y san Agustín († 430). A través de los textos de estos Padres latinos podemos vislumbrar los sentimientos de la Iglesia occidental hacia san José, del que ya se afirma ser esposo verdadero de la Virgen y, por su matrimonio virginal, padre de Cristo en un sentido muy real. Ya se admira su justicia, su integridad, su bondad y, sobre todo, sus delicadezas virginales. Y la Iglesia oriental, en contacto directo con los lugares donde vivió Jesús, adelantó al Occidente en la manifestación de la piedad católica hacia san José, como lo testifican san Efrén († 373), san Juan Crisóstomo († 407), san Gregorio Nacianceno († 389) o la apócrifa *Historia de José el Carpintero* (posiblemente del siglo IV). Estamos en presencia de una devoción conocida y popular, más en Oriente que en Occidente, pero en ningún caso se puede afirmar que la antigüedad cristiana ignorara a san José como muchas veces se piensa.

De los comienzos de la Edad Media al fin del siglo XII

PERO el progreso de la devoción a san José es lento y resulta remarcable que, pese a las alabanzas de santos tan importantes como los mencionados, el culto de san José no se afianzara en sus aspectos invocativo y litúrgico. Y si la gran difusión que tuvo la *Historia de José el Carpintero* en Oriente da una idea de lo extendido de esta veneración por san José, la devoción en Occidente parece semidormida hasta la predicación del gran san Bernardo. Sin embargo, tampoco en este periodo el silencio es total en Occidente.

Del siglo VIII al X no encontramos ninguna mención al santo patriarca ni en las letanías de los santos ni en los martirologios³ pero a partir del siglo X aparece ya el nombre de «José, nutricio del Señor» el día 19 de marzo en el martirologio de Fulda, de Reichenau, de Tréveris y en los calendarios de Verona, Ratisbona, Stavelot y Werden. La confusión entre el mártir de Antioquía (20 de marzo) y su ho-

3. El martirologio jerominiano hace referencia el 20 de marzo a «*In Antiochia sancti Joseph*», pero corresponde a un mártir diferente del santo patriarca.

mónimo (19 de marzo) pudo y debió producirse muchas veces (los martirologios de san Rémi de Reims y de san Maximino de Tréveris citan a san José de Antioquía, esposo de santa María), llegando incluso a abandonar la fecha recogida en la *Historia de José el Carpintero* (20 de julio) pero ello demuestra que la piedad cristiana tenía ya presente a san José en esta época. El cardenal Lambertini, en su *Discurso para reponer el nombre de san José en las letanías mayores*, relata que «en el siglo undécimo recibió incremento este culto, siendo causa de ello la venida a Occidente de los Hermanos Carmelitas, que trajeron la laudable costumbre de ofrecer veneración singular a tan excelso varón... A la orden de los carmelitas siguieron las demás familias religiosas, señaladamente la de san Francisco y de santo Domingo, en los siglos XIV y XV».

En Bolonia, por ejemplo, se tiene constancia del culto a san José desde el siglo XII si bien el silencio de san Pedro Damiano († 1072) hace pensar que la devoción a san José apenas era conocida en Italia. Y si nos fijamos en Inglaterra, la abadía de Winchester se atribuye el honor de haber sido la primera en celebrar la fiesta de san José, hacia el año 1030. El santo patriarca es nombrado en puesto de honor en el martirologio métrico del abad irlandés O’Gorman (siglo XII) y la abadía benedictina de Alcester, fundada en 1140 por monjes de Winchester elevaba su iglesia en honor a la Virgen Santísima, santa Ana y san José. Sin embargo, Aelred de Rievaulx († 1166), tipo representativo de su época en Inglaterra como lo fue san Pedro Damiano en Italia, de nuevo apenas hace mención del padre de Jesús. Sin embargo, Alemania ofrece testimonio de que los místicos empiezan ya a conceder un lugar destacado a la figura de san José. Tal es el caso de la poetisa Ava († 1127), el bienaventurado abad Ruperto († 1135) o el abad Godofredo († 1165).

Vemos, pues, que tanto la devoción como el culto a san José aparece ya en Occidente por todas partes desde comienzos de la Alta Edad Media hasta finales del siglo XII, si bien aparece tímidamente, humildemente. Pero será Francia, de la mano de san Bernardo († 1153), quien tenga el honor de sacar a san José de la penumbra, sintetizando y enriqueciendo la tradición recibida sobre la importancia y naturaleza del papel de santo José y sus virtudes y excelencias. Sin embargo, en modo alguno puede pensarse que san Bernardo pusiera las bases de una teología de san José ni extendiera su culto pero a partir del santo de Claraval la devoción al santo patriarca gozará de una ternura y un prestigio que antes no había tenido.

Al finalizar el siglo XII encontramos, por tanto, en Occidente dos tipos de testimonios: los que atestiguan la existencia de un culto (sobre todo en Italia y

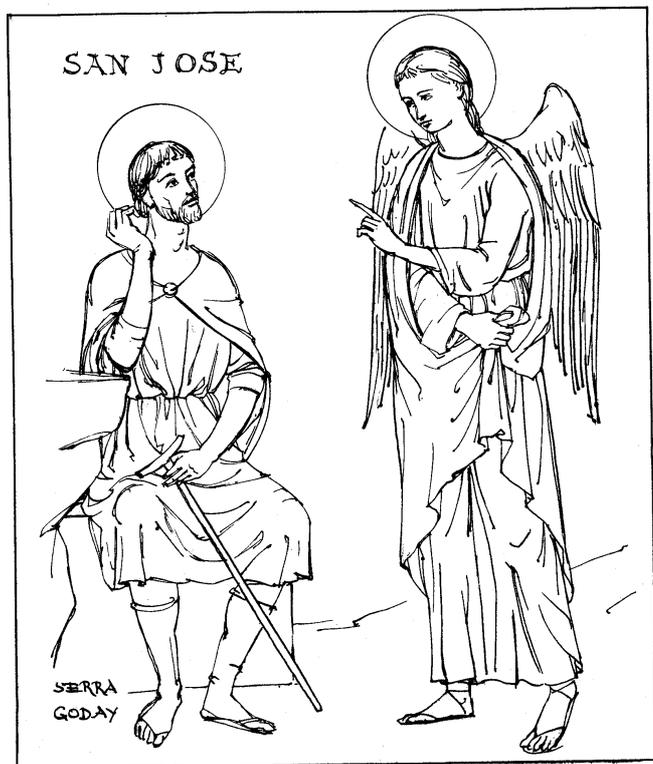
Gran Bretaña) y las que revelan una devoción (en Alemania o Francia) que apenas era acompañada por el culto y cuya extensión es aún bastante limitada aunque expresan una tendencia que irá cada vez a más.

Los siglos XIII y XIV

DURANTE el siglo XIII las almas contemplativas continúan meditando las virtudes y excelencias de san José aunque la devoción avanza lentamente en esta época entre los doctores y místicos. San Alberto Magno († 1280), santo Tomás de Aquino († 1274), Jacques de Voragine († 1298), santa Gertrudis († 1302), santa Matilde de Hackeborn († 1298) o Matilde de Magdeburgo († 1282) entre otros apenas nombran al santo patriarca y, cuando lo hacen, se refieren a él en un tono aún frío. Pero también descubrimos algunos autores que sí le profesan un ferviente cariño, como el bienaventurado Hermann-Joseph († 1241), san Buenaventura († 1274), Pedro J. Olivi († 1298) o santa Margarita de Cortone († 1297). Y mención especial merecen *Las meditaciones sobre la vida de Cristo* del Pseudo-Buenaventura, que tanta influencia tuvo en la espiritualidad de la Edad Media y en la que percibimos la veneración del autor hacia san José.

Sin embargo, el contacto que se produce entre Oriente y Occidente con ocasión de las cruzadas y peregrinaciones a los lugares santos dará lugar a que la devoción a san José continúe extendiéndose entre la piedad popular. En 1254 el señor de Joinville trajo a Francia una preciosa reliquia –un cinturón de santo José– que depositó en una capilla que hizo construir con este motivo. Las iglesias de Sémur (Borgoña), de Perusa y de Siena (Italia) se disputan el honor de poseer el anillo de boda de santo José. Los religiosos del monasterio de los Ángeles (Florencia) conservan uno de sus bastones y en Roma se venera otro, junto con un manto suyo. Auténticas o no, estas reliquias traídas por peregrinos y cruzados traducen un sentimiento de devoción viva por parte de los cristianos de Occidente hacia san José, demostrando no ser cierta la afirmación de que antes del siglo XV tal devoción era casi exclusivamente monástica.

Respecto al culto a san José en el siglo XIII, el bienaventurado Hermann-Joseph intentó el establecimiento de una fiesta en su honor para la Iglesia entera, componiendo el oficio correspondiente y refutando las objeciones que se le oponían. Su propuesta fue rechazada aunque hay constancia de que los benedictinos de Saint-Laurent, en Lieja, utilizaron su texto para festejar al santo patriarca ya en esta época. También ha llegado hasta nosotros el misal del convento de san Florencio (Baja-Austria), lla-



mado misal de Passau, en el que entre las misas votivas aparece una llamada «*De sancto Joseph nutritore Domini*», misa que más tarde fue adoptada por numerosos misales alemanes.

Ya en el siglo xiv la *Vida de Cristo* de Ludolphe el Cartujo († 1370), en la que explica el significado del nombre de José y el papel jugado por el santo en el misterio del Dios hecho hombre, tuvo una gran difusión. La bienaventurada Margarita de Médole († 1320) se distingue por su gran devoción a san José, que también aparece en las revelaciones de la Virgen a santa Brígida († 1373). Sin embargo, va a ser en la orden de san Francisco (Ubertino de Casale † 1320?) y Bartolomé de Pisa († 1401), por ejemplo) donde encontremos los signos más claros de la devoción josefina existente en el siglo xiv. De hecho, los hermanos menores adoptan la fiesta de san José y prescriben su celebración en toda la Orden en el capítulo general celebrado en Asís el año 1399 con un oficio de nueve lecciones correspondiente a un confesor no pontífice.

El siglo xv

CON el siglo xv la devoción y el culto de san José tomó un auge considerable gracias a los esfuerzos de varios santos y hombres distinguidos que no cesaron en su empeño de hacerlo popular y que su culto fuera reconocido por la Iglesia. Tres hombres contribuyeron en mayor medida a este desarrollo maravilloso: Jean Gerson († 1429),

Pierre d'Ailly († 1420) y san Bernardino de Sena († 1444).

Entre los estudiantes en el colegio de Navarra de París existía un pequeño grupo de devotos de san José entre los que pronto destacó Gerson, tanto por sus oraciones como por sus escritos. Sucesor de Pierre d'Ailly en la cancillería de la universidad de París, Gerson se convierte en el gran apóstol de la devoción a san José a comienzos del siglo xv. El 17 de agosto de 1413 envió una carta a todas las iglesias, y en particular a las dedicadas a la Virgen, para proponerles una fiesta en honor del matrimonio de María y de José. Mientras esperaba las respuestas a su petición, su amigo Chiquot, perteneciente a aquel grupo de devotos josefinos del colegio de Navarra, muere dejando en el testamento una importante suma de dinero para la celebración en la catedral de Chartres, de la que había sido canónigo, de una fiesta en memoria de san José. Aprovechando esta circunstancia, Gerson escribe al duque de Berry invitándole que haga en Notre-Dame de París lo mismo que Chiquot había hecho en Chartres con el fin de asegurar el seguro descanso de su alma. A finales del año 1413, Gerson se pone en relación con el legado del Papa para Francia, favorable a las ideas del canciller, y consigue la promulgación de un decreto (29 de julio de 1414) en el que se exhorta a las provincias sobre las cuales tiene jurisdicción (Reims, Siente, Ruán) a introducir en su liturgia la fiesta de santo José. De esta época datan también sus dos escritos titulados *Consideraciones sobre santo José*.

Gerson asiste al Concilio de Constanza como delegado del Rey de Francia y de la Universidad de París y allí trata de promover una vez más la devoción al santo patriarca. Es escogido a principios de septiembre de 1416 para predicar el sermón sobre la Natividad de Nuestra Señora, que aprovecha para suplicar a los Padres Conciliares que pongan a la Iglesia, desgarrada por el cisma de Occidente, bajo la protección de san José y que favorezcan su culto «con el fin de que la Iglesia sea devuelta a su único esposo, verdadero y cierto, el soberano Pontífice, esposo que ocupa el lugar de Cristo». Con esta idea vivió y con ella murió.

Su sermón en Constanza influyó decisivamente en el progreso de la doctrina y devoción a san José. Uno de sus resultados más hermosos parece haber sido el de convencer a su amigo y antiguo maestro en París, Pierre d'Ailly, para que escribiera un tratado sobre los Doce Honores de san José con el fin de obtener de la Iglesia la celebración de la fiesta del santo patriarca. Gracias a su concisión, a su estilo literario, a su recorrido de tranquila y piadosa contemplación, este tratado —que viene a ser uno de los primeros intentos sistemáticos de teología josefológica— cosechó un gran éxito y fue incorpo-

rado en poco tiempo a diferentes oficios litúrgicos, como los de Utrecht (a finales del siglo xv), de Meissen (1502), de los Carmelitas (1543) o de los Mínimos (1553).

Poco después de Gerson y Pierre d'Ailly, encontramos la figura del franciscano san Bernardino de Sena, prototipo y ejemplar de predicador popular, que ocupa un lugar singular en la expansión del culto a san José en la Italia del Renacimiento. La extendida popularidad del santo dio a sus palabras extraordinaria fuerza difusiva aunque en realidad no desarrolla doctrina propia, repitiendo casi literalmente en ocasiones, pensamientos de Ubertino de Casale y de Pedro J. Olivi.

Y como para coronar y poner fin a esta fase inicial de propagación del culto y devoción a san José, el papa Sixto IV, que había pertenecido a la familia franciscana, aprueba su fiesta en 1479 para el 19 de marzo, introduciendo oficialmente en la Iglesia el culto a san José tanto en el Breviario como en el Misal. Tras él, Inocencio VIII († 1492) la eleva a rito doble.

Del siglo xvi hasta nuestros días

EN 1522 Isidoro de Isolano (†1525?) escribe lo que la mayoría considera como la primera exposición teológica sobre san José, *Summa de donis S. Joseph*. En el prólogo dice: «Me decido a escribir esta obra para poner de manifiesto los altísimos dones de José, el esposo de María, de la que nació Cristo. A muchos les parecerá nueva esta obra pero su contenido está en las Sagradas Escrituras y expresado por santos doctores excelentes en espíritu en varios lugares de sus libros.» Esta obra, capital en la historia de la devoción a san José, fue emprendida pues con la conciencia de realizar algo nuevo, a la vez que se afirmaba el arraigo tradicional de la doctrina expuesta. Y la pluma del ilustre dominico ponía punto final a su obra con estas inspiradas palabras: «El Espíritu Santo no cesará de mover los corazones de los fieles hasta que por todo el imperio de la Iglesia militante se ensalce al divino José con nueva y creciente veneración, se edifiquen monasterios y se levanten iglesias en su honor, celebrando todas sus fiestas, ofreciéndole y rindiéndole a porfía sus votos. (...) Se establecerá en su honor una fiesta singular y extraordinaria. El Vicario de Cristo en la tierra, movido por el Espíritu Santo, mandará que la fiesta del padre putativo de Jesús, Esposo de la Reina del mundo y varón santísimo, se celebre hasta el último confín de la Iglesia militante.» Así pues, con un famoso sermón de san Bernardino de Sena, la *Summa* de Isolano señala el momento inicial de la expansión característica del

siglo xvi, decisivo en la historia de la devoción josefina.

Pero será santa Teresa de Jesús el instrumento providencial utilizado por Dios para extender universalmente la devoción al padre de Jesús. «Y tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho a él. [...] Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra —que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar—, así en el cielo hace cuanto le pide. [...] Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas, que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ello. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino». Estos pequeños párrafos de su *Libro de la vida* (cap. 6, nn. 6-8) han tenido más influencia para dar a conocer a san José al pueblo cristiano que toda la teología de todos los pueblos.⁴

Está históricamente comprobado, por ejemplo, que nadie bautizaba a sus hijos con el nombre de José en honor al esposo de María hasta el siglo xvi y que será al calor del Carmelo descalzo femenino donde empiecen a surgir «josefas» entre las sobriñas de las monjas y, más tardíamente, al entusiasmarse también los frailes carmelitas, aparecerán los «josés»; nombre que a partir del siglo xviii es ya uno de los más comunes. Y también bajo el impulso dado por santa Teresa comienza la cadena de los patronazgos de san José, que culminarán con su patronazgo de la Iglesia universal. En 1557 san José fue nombrado patrono general de México, y a lo largo de los siglos xvi y xvii su patronazgo se extendió a varias otras naciones. A España le fue confirmado su patronazgo en todos sus dominios, por Inocencio XI, en 1679.

Paralelamente se va afianzando también el culto litúrgico. El calendario del Concilio de Trento (1568)

4. Era ya el siglo xvi, y en los conventos teresianos se sabía más de san José que en las aulas de Salamanca y de Alcalá. Santa Teresa sabía de san José más que Báñez. (Bonifacio Llamera, *Teología de san José*, prólogo, p. XV, BAC, 1953).

registra la fiesta de «San José, esposo de la Bienaventurada Virgen María», tanto en el Breviario como en el Misal de san Pío V. Gregorio XV (1621) declarará la fiesta del 19 de marzo como fiesta de precepto.⁵ Y no será hasta Clemente XI (1714) cuando se redacte el oficio que llegó hasta la última reforma litúrgica.⁶ En 1726 Benedicto XIII incluyó el nombre de san José en las letanías de los santos. Ya a finales del siglo xvii se sentía cada vez más la necesidad de una fiesta litúrgica en honor de este patrono. Con tal fin se elige el tercer domingo después de Pascua, *jubilare Deo*, siendo concedida la fiesta a los carmelitas de España y de Italia en 1680 y ampliada cada vez a más diócesis y familias religiosas. Pío VI (1775-1799) y Pío VII (1800-1823) dictan decretos en favor de una siempre creciente solemnidad para la fiesta de san José hasta que el beato Pío IX la extiende a la Iglesia universal en 1847. Y será el mismo Pío IX quien proclame a san José patrono

5. Aún a mediados del siglo xvii, y habiendo escrito ya Suárez su ejemplar trabajo sobre san José, resulta revelador que se declare de precepto la fiesta de san José pero no se le ponga oficio ni misa propios sino que se deje escoger la liturgia al celebrante. Y como san José no es mártir, ni pontífice, ni abad, etc. no se supo muy bien cómo honrarle.

6. Dicho oficio y misa propios estaba compuesto por un conglomerado de textos, antifonas y lecturas tomadas de oficios y misas de santos, confesores, abades, etc. con los que se pretendía ver cierta analogía pero que no le cuadraban nada bien a san José. Será con la reforma realizada tras el Concilio Vaticano II cuando la liturgia será realmente adecuada a la figura del padre de Jesús.

7. Todos los papas desde Pío IX hasta Juan Pablo II – León XIII (que escribió la única encíclica que existe dedicada a san José), san Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII (que instituyó la fiesta de san José Obrero el primero de

de la Iglesia universal el 8 de diciembre de 1870.

Y si el magisterio pontificio contemporáneo,⁷ la abundancia de escritores eclesiásticos y de una teología josefina riquísima desde el siglo xvii⁸ en Francia, Canadá, España, Chile, Polonia, Italia, etc., la proliferación de santuarios josefinos y los millones de devotos de san José esparcidos por todo el mundo dan testimonio del cumplimiento de aquellas proféticas palabras de Isidoro de Isolano,⁹ no es menos cierto que la experiencia diaria de la vida de la Iglesia nos muestra que sigue existiendo un silencio – en este caso creemos que no providencial sino únicamente permitido por Dios– en torno a la figura de san José.

mayo), el beato Juan XXIII (que puso el Concilio Vaticano II bajo la protección especial de san José y promovió la inclusión del santo patriarca en el Canon romano) y Pablo VI– han sancionado y fomentado la corriente que, impulsada por el Espíritu Santo, ha movido en los últimos tiempos al pueblo cristiano hacia el humilde carpintero de Nazaret.

8. Pensemos en Suárez, Cornelio a Lápide, José de Valdivieso, Bossuet, sor Juana Inés de la Cruz, Federico Guillermo Faber, Enrique Ramière, José María Vilaseca MSJ, san Enrique de Ossó, Fco. Javier Butiñá, santa Teresita del Niño Jesús, Torras i Bages, san Josemaría Escrivá de Balaguer (testimonios recogidos por F. Canals en *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*) como ejemplo de muchos otros.

9. Así lo constata Pío IX al proclamar a san José patrono universal de la Iglesia («La devoción de los fieles hacia san José ha tomado tanto incremento y ha progresado tanto, que de todas partes recibimos innumerables y fervorosas peticiones») y León XIII («Ciertamente sobre este particular no encontramos la piedad popular dormida, antes bien va corriendo pujante el camino ya trazado»).

San José, patrono de la Iglesia católica

Dios omnipotente quiso que el gran patriarca san José, elegido sobre todos los demás santos, fuese con toda verdad en esta tierra esposo de la Inmaculada Virgen María y tenido por padre de su hijo único Jesucristo. Para cumplir con toda perfección misiones tan sublimes lo enriqueció y colmó con gracias completamente singulares. Por esta razón, ahora que está coronado en el cielo, la Iglesia católica le dedica los mayores honores y le dirige los testimonios de la más tierna piedad.

Por lo cual los Pontífices Romanos, nuestros predecesores, en orden a aumentar más y más la devoción de los fieles hacia el Santo Patriarca, y moverlos a recurrir llenos de confianza a su intercesión, no omitieron, en toda ocasión, decretar en el culto público de la Iglesia nuevas y siempre crecientes señales de veneración... Por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, que Nos hemos mandado publicar el día 8 de diciembre de 1870, durante la celebración de los sagrados misterios en nuestras basílicas patriarcales de Letrán, del Vaticano y de Santa María la Mayor, hemos declarado solemnemente al esposo de María Inmaculada, san José, patrono de la Iglesia católica...

Pío IX: Carta apostólica *Inclytum Patriarcham* (de 7 de julio de 1871)

San José, patrono de las vocaciones

JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

ID a José y haced lo que él os diga» (Gn 41, 55). Estas palabras, dirigidas al pueblo egipcio en tiempo de hambre y necesidad, la Iglesia nos las ha dirigido a sus fieles hijos con especial intención en los últimos tiempos. Marca un hito en la historia actual de esta recomendación la proclamación de san José como patriarca de la Iglesia universal hecha por el beato papa Pío IX en el año 1870.

Desde esta fecha hasta el momento se han repetido los pronunciamientos pontificios donde se nos ha exhortado a acogernos bajo el amparo seguro y bondadoso de san José. El más solemne y significativo de estos pronunciamientos en los últimos años lo dirigía el papa Juan XXIII al proclamar a san José patrono del Concilio Vaticano II.

Es significativo que, junto a esta paternal recomendación por parte de los papas, se empieza a acudir a san José, también en los últimos tiempos, como especial cuidador de los seminarios y patrono de las vocaciones al sacerdocio.

En España, en la segunda mitad del siglo XIX, dos adalides de la promoción y cuidado de las vocaciones sacerdotales, el beato Manuel Domingo y Sol y san Enrique de Ossó, trabajarán con incansable celo para que se ponga bajo el patrocinio de san José el cuidado de los seminarios y de las vocaciones al sacerdocio. De hecho, todos los colegios de vocaciones que funde don Manuel se llamarán «Colegio de San José». También él pondría en marcha la Obra de Fomento y sostenimiento de las vocaciones eclesíásticas en Tortosa bajo el patrocinio de san José. Este inicio carismático se completaría con la idea de una «Asociación de sacerdotes para el fomento de las voca-

ciones», que daría lugar a la fundación, en 1883, de los «Operarios Diocesanos», que serían popularmente conocidos como «Josefinos». Es justo y necesario cuando hace dos años se celebró el centenario de la muerte de mosén Sol (como se le llamaba popularmente) recordar y agradecer en estas líneas la labor inmensa que han realizado los Operarios en España en la formación de tantos sacerdotes, muchos de ellos mártires en la persecución religiosa del siglo XX.

Durante el pontificado del papa Pío XI se instituye un «Día a favor de las vocaciones sacerdotales», con carácter preceptivo para Roma, a fin de que sirviera de ejemplo para las demás. La fecha que determinaba era un día fijo del mes de junio, para impetrar vocaciones al Corazón de Jesús. A la vez se fue estableciendo en todas las diócesis la Obra del Fomento de Vocaciones, sobre todo a partir de 1941, en que Pío XII instituyó la «Obra Pontificia de las Vocaciones Eclesiásticas», vinculada a la Sagrada

Congregación para la Educación Católica. La fuerza de estas iniciativas movería a Pío XII a poner bajo su patrocinio la Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales.

¿Por qué es tan significativa esta doble coincidencia: que se acuda a san José como protector de la Iglesia en tiempos difíciles y que bajo su amparo se ponga el cuidado de estas vocaciones?

La historia de la Iglesia nos ha mostrado que, en los tiempos más difíciles, Dios, siendo fiel a su promesa, ha cuidado de su pueblo enviándole pastores según su Corazón. Una y otra vez, a lo largo de dos mil años, contemplamos cómo Dios ha suscitado



apóstoles, doctores, mártires y profetas con los que el Buen Pastor ha guiado a su rebaño por el inmenso desierto de la historia.

Por esta razón, en tiempos difíciles la Iglesia acude a san José, su mejor valedor en el cielo junto a la Santísima Virgen, y le presenta con confianza aquella que es su primera necesidad: que haya sacerdotes y sacerdotes santos, entregados en cuerpo y alma al servicio de Dios y de los hombres.

Al que fue «varón justo» por excelencia tenemos que acudir para pedir y también para aprender cómo suscitar y promover las vocaciones. Son muchas las virtudes que del santo varón podemos y debemos aprender en esta obra de la promoción y del cuidado de los seminaristas, pero creo que se hace especialmente urgente que nos fijemos en su obediencia, en la que hunde sus raíces su potestad sobre la familia de Nazaret. Es el padre de Jesús porque en él Dios ha encontrado a su «servidor fiel y obediente». Por otro lado, aquel que va a ser constituido «Sumo y Eterno Sacerdote» «aprendió, sufriendo, a obedecer» mirando la obediencia de su padre en la tierra. La familia, «primer seminario», y los seminarios deben, por tanto, aprender de san José a obedecer los mandatos de Dios y de su Iglesia. Esta obediencia será hoy, como lo ha sido siempre, la clave y la prenda segura de la fecundidad vocacional.

Recordamos al hilo de esta reflexión unas palabras de nuestro querido y recordado D. Marcelo González Martín, insigne promotor de las vocaciones al sacerdocio: «La obra de las vocaciones es eminentemente sobrenatural. Sería un oportunismo

carente de sinceridad y de valor religioso celebrar esta jornada del Seminario el día de la festividad de san José y no reflexionar sobre lo que debe ser nuestra respuesta a la voz de Dios que nos invita a seguirle. Si los sacerdotes y los seminaristas no son capaces de ver el sentido de nuestro servicio a la Iglesia con la humildad, fe y obediencia de que nos da ejemplo el patriarca san José, es mejor no importunemos al pueblo cristiano con nuestras peticiones. La Biblia nos da lecciones permanentes, pero no tenemos el derecho de seleccionarlas según nuestros gustos. San José es un modelo vivo para todos nosotros porque supo vencer dificultades en silencio, porque oró, porque obedeció a Dios y siguió el camino que le fue señalado. Deberíamos meditar más en él nosotros los sacerdotes y los alumnos del seminario, las familias y el pueblo cristiano. Deberíamos hacer más de lo que hacemos para romper estos círculos viciosos que nos ahogan. Deberíamos hacer un esfuerzo supremo por liberarnos de tanta complicación y tanta crítica y, unidos todos como una familia, como la familia de Nazaret, seguir más sencillamente los caminos que Dios nos traza por medio del magisterio de la Iglesia, por medio del Papa, y lanzarnos a trabajar denodadamente entre los niños y los jóvenes para despertar su posible vocación...» (Carta pastoral para el Día del Seminario en Barcelona, del año 1971).

¡Que san José, patrono de las vocaciones, nos otorgue la gracia de su obediencia filial, para que se formen bien los seminaristas, perseveren los sacerdotes, para que haya muchas y santas vocaciones!

He aquí un santo que entra en la vida y emplea su vida en el cumplimiento del más alto mandato divino, en el mandato incomparable de velar sobre la pureza de María, de custodiar la divinidad de Jesucristo, de tutelar como cooperador consciente el misterio, el secreto desconocido para todos, a excepción de la Santísima Trinidad, de la Redención del género humano. Es en la grandeza de este mandato en lo que consiste la singular y absolutamente incomparable santidad de san José, puesto que verdaderamente a ninguna otra alma, a ningún otro santo fue confiado tal mandato, y entre san José y Dios no vemos ni podemos ver sino a María Santísima. Es evidente que este santo ya poseía en la altura de tal mandato el título para aquella gloria que es la suya, la gloria de patrono de la Iglesia universal. Toda la Iglesia se encontraba ya efectivamente junto a él contenida como en germen ya fecundo en la humanidad y en la sangre de Jesucristo, toda la Iglesia estaba allí en la virginal maternidad de María Santísima, Madre de Jesús y Madre de todos los fieles, que a los pies de la Cruz había de recibir en la sangre de su primogénito Hijo Jesús. Pequeña a la vista de los ojos humanos, pero grande para la mirada del Espíritu, la Iglesia estaba allí junto a san José, cuando ya él era, en la Sagrada Familia, el custodio y el padre tutelar.

Pío XI (21 de abril de 1926)

San José en el tercer milenio

ENRIQUE GARBAYO

LA Iglesia [...] espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y 'le servirán como un solo hombre' (Sof 3,9).»¹ Con estas palabras tan esperanzadoras, pertenecientes a la declaración *Nostra aetate* del Vaticano II, el papa Pablo VI alentaba al Pueblo de Dios, mostrándonos proféticamente la verdadera esperanza de la Iglesia, inimaginable para un mundo cada vez más exánime.

Este concilio fue anunciado por el beato Juan XXIII en 1959 con gran sencillez, con la intención de, como él mismo decía, «abrir las ventanas de la Iglesia». Su secretario lo relataba así: «Fue un día como los demás. Se levantó el pontífice como de costumbre a las cuatro, hizo sus devociones, celebró la misa [...] A las diez partimos para la basílica de San Pablo Extramuros. La primera parte de la ceremonia duró de las 10.30 hasta las 13. Entonces entramos en la sala de los monjes benedictinos, nos retiramos todos y quedó el Papa con los cardenales. Leyó el discursito que había preparado [...] y en un cuarto de hora estaba todo terminado. Pocos minutos después se difundía por el mundo la noticia del concilio ecuménico».

No tardó en poner dicho concilio bajo el glorioso patrocinio del Santo Patriarca, el mismo 19 de marzo de 1961. Así, en la exhortación apostólica *Sobre la devoción a san José* se quejaba cariñosamente de que la teología no haya descubierto a san José hasta nuestros tiempos: «José, fuera de algún brillo de su figura que aparece alguna vez en los escritos de los Padres, permaneció siglos y siglos en su característico ocultamiento, casi como una figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Y hubo de pasar algún tiempo antes de que su culto penetrase de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiada devoción. Estas fueron las alegrías fervorosas, reservadas a las efusiones de la edad moderna ¡cuán abundantes e impresionantes!».

Es de remarcar cómo, en su tierna queja, observa y afirma el Papa que los frutos de esta devoción [a san José] estaban reservados a la edad moderna. Esta afirmación, inevitablemente, nos remite a mucho tiempo atrás, cuando san Juan mismo revelaba a santa Gertrudis, hablando de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que «publicar la suavidad de estos latidos estaba reservado para los tiempos modernos, a fin de que al escuchar tales cosas el mundo, ya

senescente y entorpecido en el amor de Dios, se torne otra vez a calentarse».²

Los designios de Dios son inescrutables. Pero cuando se ha saboreado la poderosa y dulce y paternal intercesión del Santo Patriarca es humano que al entonces papa Juan XXIII se le escape una amorosa queja, como hiciera santa Gertrudis, deseando que esta santa devoción fuese ya conocida de todos los hombres. «¡Cuán abundantes e impresionantes son sus frutos!», insistía el Papa. No cabe duda de que, misteriosamente, la gloria y santidad de José no ha trascendido en la historia de forma especial, por lo menos no hasta nuestros tiempos.

En efecto, la primera aparición de san José reconocida por la Iglesia data del siglo xvii. Fue en Francia, a un joven pastor de Cotignac llamado Gaspard Ricard. Gaspard, sediento, descansaba en un suelo pedregoso. José, apareciéndose delante de él, le indicó que moviera una pesada piedra (era una piedra tan grande que difícilmente la podrían mover entre ocho hombres). Tras una primera duda, la movió. De allí brotó un manantial en el cual se han obrado curaciones milagrosas, se construyó una capilla a san José, y este lugar ha sido desde entonces objeto de innumerables peregrinaciones.

En 1879 volvía a aparecerse san José en Knock (Irlanda), esta vez junto a Nuestra Señora y a san Juan Evangelista, mostrándose también un cordero sobre un altar, delante de una enorme cruz.

Ya en 1917, en Fátima (Portugal), volvería a mostrarse nuestro Santo Patriarca. Allí la Virgen María se había aparecido a unos niños, unos pastorcitos. El 13 de septiembre la Virgen les comunicó a los niños que el próximo día (en octubre) vendría también san José con el Niño Jesús para bendecir al mundo. En efecto, el 13 de octubre se mostraban san José con el Niño y Nuestra Señora; san José y el Niño Jesús bendijeron al mundo, haciendo la señal de la cruz con sus manos.

Es claro que la presencia de san José en la historia ha ido cobrando relevancia en los tiempos modernos, como hemos visto. La Iglesia también ha seguido una evolución similar en la doctrina sobre José.

En Occidente, hasta los siglos xii-xiv, apenas era conocida esta devoción. En el siglo xvii, allá por el 1621, santa Teresa ya había escogido a san José como patrono. Gracias a la influencia de esta santa doctora

1. Declaración *Nostra aetate* del Vaticano II, n. 4.

2. *Revelaciones de santa Gertrudis*, lib. IV cap. IV.

de la Iglesia, la devoción al Santo Patriarca cobró un gran empuje en esta época.

En 1870, san José fue proclamado solemnemente patrono de la Iglesia católica por el beato Pío IX, auspiciado por multitud de obispos y feligreses.³ La fiesta del 19 de marzo fue dignificada como rito doble de primera clase.

En 1889, el papa León XIII publicó la entrañable encíclica *Quamquam pluries*⁴ fomentando esta devoción en toda la Iglesia. Ya después, el breve *Bonum sanae*, de Pío XII⁵ volvía a recordar esta enseñanza. Hasta 1989, cuando el beato Juan Pablo II, conmemoraba esta encíclica publicando una maravillosa exhortación a toda la Iglesia.⁶

Esta última exhortación apostólica es una delicada exposición del magisterio de la Iglesia sobre José. Ratifica el magisterio anterior de los papas, sobre todo el de Pablo VI, al poner a José y María en el comienzo de la obra divina de la redención de la humanidad. También nos señala cómo José y María recibieron la gracia y el carisma de vivir la virginidad y el matrimonio al servicio del Niño Dios, de la Encarnación redentora. Nos invita a que crezca en nosotros la devoción al patrono de la Iglesia universal y el amor al Redentor, al que él sirvió ejemplarmente. En san José tenemos un modelo humilde y maduro de servir y participar en la economía de la salvación. Pero hay un detalle asombroso, en este mensaje del Papa, que quizás pase algo desapercibido: cuando va a concluir el documento, no acaba con la bendición apostólica acostumbrada, sino que suplica: «Que san José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Nuevamente esta imagen nos remite a un hecho semejante, pero ocurrido casi setenta años antes: la aparición en Fátima, en 1917, de san José con el Niño Jesús, bendiciendo al mundo, haciendo la señal de la cruz con sus manos. Parece que el Santo Patriarca, verdaderamente Padre y Señor nuestro,⁷ se adelanta a nuestras necesidades y vela por sus hijos con paternal solicitud.

No cabe, pues, ninguna duda acerca de que tanto en la historia de la humanidad como en la historia de la Iglesia, la figura de José ha estado misteriosamente oculta durante largo tiempo, adquiriendo en nuestra época una especial relevancia. Los planes de Dios son muy misteriosos. Pero hemos de pensar que, en su Providencia amorosa, Dios provee a su pueblo, nosotros, con paternal cuidado; de tal forma que, así como proveyó a su único Hijo con un padre en la tierra digno de Él, así nos provee ahora a nosotros, tam-

bién hijos suyos, con la solicitud paternal de José, al que podemos llamar con verdadera confianza Padre y Señor nuestro.⁸

Así, aunque la figura de José todavía quizás no ocupe el verdadero puesto que Dios le asignó, no olvidemos que «el corazón corre en la Iglesia mucho más que la inteligencia. Porque el corazón les dice a las almas muchas cosas que la razón de los teólogos tarda mucho en descubrir».⁹ Con estas palabras Marceliano Llamera introducía el libro *Teología de san José*, de su hermano Bonifacio, y aún cuenta alguna anécdota más que transcribimos aquí: «[...] Santa Teresa sabía de san José más que Báñez. Pero, al fin, ha de ser Báñez quien dé la razón a santa Teresa para que se le reconozca que la tiene. Una vez pregunté a una viejecita excepcionalmente devota del Santo Patriarca por qué lo era tanto, y me contestó: “¿No ve usted que lleva al Niño en sus brazos?”. [...] Por supuesto que ni las adivinaciones ni los raciocinios han sondeado, ni con mucho, la divina profundidad del misterio josefino, que reserva admirables sorpresas para todas las generaciones cristianas».¹⁰

No nos cansaremos nunca de exaltar las maravillas de esta devoción a José. Qué necesario es, en estos tiempos modernos, abandonarse confiadamente en sus brazos. Con qué rabia inhumana persiguió Herodes a su hijo para matarlo, pero con qué prontitud reacciona José para evitarlo. Con qué ferocidad son perseguidos hoy en día los hijos de la Iglesia, pues con qué desvelo no los protegerá el Santo Patriarca, adelantándose incluso a nuestras plegarias. Qué maravilloso corazón moldeó Dios en José, para que sobre su pecho descansara su propio Hijo, deleitándose en sus afectos y cuidados. Ahora este corazón nos deleita a nosotros desde el Cielo, con paternal solicitud y afecto, permitiendo descansar nuestros pobres y agobiados corazones junto a su pecho, en el que también descansa el divino Niño. Qué consuelo obtuvo al encontrar al Niño Jesús en el Templo, pues estaba perdido. Y qué consuelos obtendrá al reconducir a los pueblos extraviados al encuentro con Cristo, en la Iglesia. Con qué dolor escuchó a Simeón profetizar los sufrimientos de Jesús y de María, y con cuánto dolor observa las persecuciones que sufre la Iglesia en nuestros días. Pero también con cuánta alegría comprendió que de estos padecimientos, profetizados por el santo anciano, se obtendría la salvación de innumerables almas. Y, ahora, con qué inmenso gozo, con qué paternal esperanza «espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y ‘le servirán como un solo hombre’ (Sof 3,9)».¹¹

3. Decr. *Quemadmodum Deus*.

4. Carta encíclica *Quamquam pluries*.

5. Breve *Bonum sanae*.

6. Exhortación apostólica *Redemptoris custos*.

7. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 39; y *Forja*, 553.

8. Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, cap.6, 6.

9. Llamera, M., *Teología de san José* (B. Llamera), prólogo, pp. XV-XVI.

10. *Ibíd.*

11. Declaración *Nostra aetate* del Vaticano II, n. 4.

Juan XXIII y san José*

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

JUAN XXIII fue un gran devoto de san José. Cuando fue elegido papa en 1958 como sucesor de Pío XII, sintió no poder tomar el nombre de José, a causa de la costumbre, pero no obstante, escogió el 19 de marzo como fecha de su fiesta personal. Confesaba: «Amo mucho a san José, hasta tal punto que no sé empezar mi jornada, ni terminarla, sin que mi primera palabra y mi último pensamiento se dirijan a él». Siendo Nuncio en París visitó la casa madre de las Hermanitas de los Pobres en La Tour Saint-Joseph. En esta ocasión contó que quiso recibir la consagración episcopal en la fiesta de san José «porque es el patrono de los diplomáticos». Explicó: «Como san José, los diplomáticos pueden al mismo tiempo presentar a Jesús y esconderlo. Como san José, deben saber callar, medir sus palabras, saber emplearse sin mirar la dignidad del servicio... y sobre todo paladear dulce y tragar amargo... obedecer aun cuando no se comprenda, como san José cuando partió con su borriquillo».

Pedía a todos los cristianos emplearse igual en tareas humildes que en misiones importantes, sin calibrar la dignidad de lo que se hace. José, esposo de María, no fue más que un artesano que ganaba su pan con su trabajo. Lo que cuenta delante de Dios es la fidelidad. El 19 de marzo de 1959, celebrando la Misa para un grupo de trabajadores de la ciudad de Roma, les decía: «Todos los santos glorificados merecen un honor y un respeto particulares, pero es evidente que san José posee, con justo título, un lugar muy particular, más suave, más íntimo, más penetrante en nuestro corazón».

El 1 de mayo de 1960, Juan XXIII dirigió un radio-mensaje sobre san José a todos los que trabajan y a todos los que sufren. Comienza así: «Es natural que nuestro pensamiento se dirija a cada una de las regiones y ciudades en que se desenvuelve la vida de todos los días: los hogares, las escuelas, las oficinas, los mercados, las fábricas, los despachos, los laboratorios, a todos los lugares santificados por el trabajo intelectual o manual, en las varias y nobles formas que reviste según la fuerza y capacidad de

cada uno... Con la ayuda de san José, cada familia cristiana dedicada al trabajo puede reflejar fielmente el ejemplo y la imagen de la Sagrada Familia de Nazaret... El trabajo es, en verdad, una alta misión: es para el hombre como una colaboración inteligente y efectiva con Dios Creador, del cual ha recibido los bienes de la tierra para cultivarlos y hacerlos prosperar».

La gran iniciativa de Juan XXIII fue convocar el Concilio Vaticano II. En las Letras Apostólicas de 19 de marzo de 1961, explica por qué quiere este Concilio tan importante, que ha colocado bajo la protección especial de san José. Comienza por recordar lo que sus predecesores hicieron por la gloria de san José, a continuación explica que el Concilio es para todo el pueblo cristiano, que debe beneficiarse de él por una corriente de gracia, para una vitalidad mayor, y lo encomienda a la protección de san José: «¡Oh san José, invocado y venerado como protector del Concilio Vaticano II! Aquí es donde deseamos llevaros, al enviaros esta carta apostólica precisamente el 19 de marzo, cuando con la celebración de san José, patrono de la Iglesia universal vuestras almas podían sentirse movidas a mayor fervor por una participación más intensa de oración, ardiente y perseverante en las solicitudes de la Iglesia maestra y madre, docente y directora de este extraordinario acontecimiento del Concilio ecuménico XXI y Vaticano II (...) ¡Oh san José! Aquí está tu puesto como «*Protector universalis Ecclesiae*». Hemos querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de nuestros inmediatos predecesores del siglo pasado, de Pío IX a Pío XII, una corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector».

Otra iniciativa importante de Juan XXIII fue introducir en 1962 el nombre de san José en el canon de la Santa Misa, inmediatamente detrás de la Virgen María. Pío IX no se decidió a hacerlo. Las peticiones que habían sido formuladas en el Concilio Vaticano I, volvieron a formularse en número muy grande en el Concilio Vaticano II. El Concilio hizo suya esta decisión de Juan XXIII incorporando el texto del *Communicantes*, en el que se encuentra el nombre de san José, en la constitución dogmática *Lumen gentium*. Esta constitución habla del misterio de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. El capítu-

* Para más información véase: MONFORTE, J.M.: *José de Nazaret en el tercer milenio cristiano*, Eiusa, 2000, cap. III. Disponible en: http://www.mercaba.org/FICHAS/almudi.org/devocion_a_san_jose_en_los_dos.htm

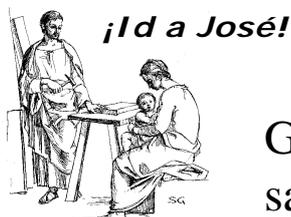
lo séptimo concierne especialmente a la unión muy íntima que liga a los miembros de la Iglesia que caminan todavía en la tierra con aquellos que ya gozan de la vida de plenitud en el cielo. Esta presencia invisible de nuestros amigos los santos se actualiza cuando nos reunimos para orar, y muy particularmente en la celebración de la Santa Misa. El texto es digno de meditación, pues afirma que san José merece un lugar escogido:

«Nuestra unión con la Iglesia celestial se realiza de manera nobilísima especialmente en la sagrada liturgia, en la que la fuerza del Espíritu Santo se ejerce sobre nosotros a través de los signos sacramentales, celebrando juntos la alabanza de la majestad divina con alegría común... celebrando el sacrificio eucarístico es como nos sumamos mejor al culto de la Iglesia celestial, unidos en una misma comunión y venerando la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María y de san José, de los bienaventurados apóstoles y mártires y de todos los santos». (Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 50.)

José María Petit señalaba en un artículo cómo en ocasiones se ha querido contraponer la figura de Juan

XXIII, el Papa del Concilio Vaticano II, el papa «moderno», abierto al mundo, que reconcilió a la Iglesia con los nuevos tiempos, el Papa del *aggiornamento*, con la de Pío IX, el papa del *Syllabus*, el de la definición de la infalibilidad pontificia, el Papa que condenó el liberalismo, el progreso y la civilización moderna, que no entendió los cambios que experimentaba el mundo, y que por ello mismo tomó frente a él una posición de condena y de defensa de posiciones doctrinales y políticas hoy día, después del Vaticano II, felizmente superadas. Sin embargo, estas posturas son consecuencia de contemplar los actos la Iglesia desde una perspectiva naturalista. En cambio, si por algo destaca la acción apostólica de ambos pontífices es por «la esperanza que ambos pusieron en los medios sobrenaturales como remedio adecuado y proporcional a los males de su tiempo.

»Esta confianza en los medios sobrenaturales como remedio contra los males de la época moderna, ambos pontífices la puntualizaron ante todo en el culto al Corazón de Jesús, en la invocación del auxilio de la Virgen María y en el patrocinio de san José».



Gloriosísimo san José

San Cirilo, patriarca de Jerusalén, prueba admirablemente que el nombre de *Padre* es más glorioso para la primera Persona de la Santísima Trinidad, que el nombre de *Dios*; porque «*el nombre de Padre se refiere a su único Hijo, con el cual es consustancial y un mismo Dios con Él, mientras que el título de Dios es con respecto a las criaturas, que son infinitamente inferiores a Él; por lo que se desprende que es infinitamente más glorioso ser el Padre de ese Hijo único, que ser Dios de todas las criaturas existentes y posibles*».

Contemplando a José podemos afirmar, con cierta perplejidad, que san José es el único que tiene la gloria de compartir con Dios mismo el nombre de «Padre de Jesucristo», siendo él tan sólo una criatura. En efecto, León XIII, en su encíclica *Quamquam pluries*, habla del Santo

Patriarca dando esto por supuesto: «*[...] puesto que [José] es el esposo de María y el padre de Jesucristo [...]*».

Contemplando este inmenso misterio no acabaríamos nunca de maravillarnos por los insondables planes de Dios para sus criaturas; cómo, siendo Dios omnipotente y eternamente feliz, creó al hombre a su imagen y semejanza; cómo, después, se abajó hasta nosotros haciéndose un «niño» como otro cualquiera, débil y necesitado de familia, de padre y madre; cómo, finalmente, murió por nosotros en una cruz.

San José le tuvo en sus brazos, le besó, le ayudó, le alimentó, le cuidó, le enseñó, le mandó, le contempló, le amó...

Qué dulce y grande misterio la grandeza de José, excelso y glorioso santo, dado por Dios mismo a nosotros, sus hijos, como padre y protector nuestro,

Digámosle, pues, con gran piedad, afecto y reverencia:

Gloriosísimo san José, sed nuestra guía y protección.

ENRIQUE GARBAYO

La presencia de san José en Polonia*

MARÍA DOLORES BARROSO

LA religiosidad del pueblo de Polonia, su fe y perseverancia que ha pervivido a lo largo de la historia, es un hecho hoy mundialmente conocido y admirado. En el año 966, se bautizaba el rey Mieszko I, y con él este pueblo. Desde ese momento la fe cristiana fue empapando las estructuras mismas de la vida polaca, configurando la propia alma nacional.

Esta piedad caracterizada por una profunda devoción mariana, no podía no manifestarse hacia el Padre de Cristo y Esposo de María: san José. Así como «la Iglesia, después de la Virgen santa, su esposa, tuvo siempre en gran honor y colmó de alabanzas al bienaventurado José y a él recurrió sin cesar en las angustias», el pueblo polaco siguió un curso paralelo al que se sigue en el resto de la Cristiandad. Llegando a su día culminante cuando en momentos difíciles para la existencia de la nación, Cracovia, por boca de sus autoridades y magistrados, se consagraba al santo Patrono, en su imagen del templo carmelitano de San Miguel y San José, el 11 de mayo de 1715.

Hechos significativos como la proclamación de san José como patrono de la Iglesia universal y del Concilio Vaticano II, así como la aparición de sociedades dedicadas al estudio del Padre de Cristo y de su misión irán produciendo sus frutos también en Polonia, donde se desarrollarán continuas manifestaciones de la piedad popular al Santo, así como actividades josefinas de varias órdenes religiosas. Todo lo cual girará predominantemente en torno a un santuario nacional josefino: la colegiata de Kalisz.

La devoción josefina en Polonia, tuvo sus orígenes en Cracovia, de donde se extendería a otros lugares como Wrocław o Gniezno. A lo largo de los siglos XVII y XVIII en Cracovia destacará sobre todo como foco josefino la iglesia de San Miguel y San José de los Carmelitas Descalzos, donde se encuentra su milagroso lienzo pintado por el hermano Lucas de san Carlos. Junto con este foco en Cracovia, destacará el de la colegiata de San José de Kalisz, donde recibe honores el santo Patrono desde finales del siglo XVI.

En el curso de todas las calamidades históricas que se ceban en Polonia tras su desmembramiento en 1795 y el Congreso de Viena en 1815 y que durarán todo el

siglo XIX y parte del XX, Kalisz, en el 1896 (cuando se cumple el primer centenario de la coronación de la imagen de san José), se verá repleta de millares de peregrinos que acuden a ganar el jubileo concedido por León XIII. Se tomó la decisión de celebrar con gran solemnidad la fiesta del 19 de marzo y del patrocinio con su octava y realizando ejercicios especiales durante el mes de marzo. Veneraciones que también realizaron pontífices como san Pío X, que entregaba un anillo de oro para el santo.

Sin embargo, los hechos culminantes se darán tras recuperar Polonia la unidad, pues durante este breve tiempo de libertad será cuando se aumenten las visitas a Kalisz, siendo los principales acontecimientos el 50.º aniversario de la proclamación de san José como patrono de la diócesis (Włocławek) y el I Congreso Eucarístico de la Diócesis del 27 al 29 de junio de 1931.

Pero cuando, en 1939, el acceso al templo josefino quedó prohibido a los polacos durante años se producía en Polonia el hecho más sorprendente de ese período de la segunda guerra mundial, con auténticos caracteres de milagro josefino. El acaecido con la liberación de treinta mil confinados en el campo de exterminio de Dachau, condenados a una matanza común para un par de horas después de que les sobreviniese la más inesperada de las liberaciones en la histórica noche del 19 de abril de 1945. Así, novecientos sacerdotes y seminaristas polacos allí supervivientes han puesto en las manos todopoderosas del Santo de Kalisz el humanamente imposible milagro que les llega con la aurora del 20 de abril.

Fieles a su divino Liberador los liberados peregrinaron a Kalisz del 17 al 19 de abril de 1948, volviendo cada año a peregrinar colectivamente en la fecha de su liberación, y se comenzaron a fundar capillas en su honor, así como se celebró de modo solemnísimo, con presencia del Episcopado polaco, el 20.º aniversario de su liberación en 1965. Se funda en la colegiata kalisiense una Cofradía de San José con fines piadosos y benéficos; y se dedica su cripta a la conmemoración permanente de la gracia de Dachau. Juan Pablo II conmemorará este acontecimiento el 4 de junio de 1997 encomendando a la familia en Polonia al patrocinio de san José con estas palabras: «Nuestra oración, podemos decir familiar, al fiel esposo de María y custodio solícito del Hijo de Dios, fue una gran gracia para toda la Iglesia. En efecto, si la familia es el elemento esen-

* Para más información véase: BOSCO DE JESÚS, O. C. D. (1984) «Presencia de san José en la Polonia contemporánea», *Estudios josefinos* 75, XXXVIII, p. 39-82.



La Trinidad celeste y la Trinidad terrenal. Anónimo de 1670. Basílica de la Asunción, Kalisz

cial de la comunidad de los discípulos de Cristo, una oración centrada en la familia enriquece al mismo tiempo a toda la Iglesia. La Iglesia siempre tiene necesidad de la intercesión de san José».

Si se ha hablado de un lugar central en la devoción del santo Patrono, se debe mencionar al obispo de Włocławek, monseñor Antonio Pawlowki, ferviente propulsor de la devoción a san José en su imagen de Kalisz; el cual, el 13 de enero de 1963, en una ceremonia solemne en la que participan otros preladados y multitud de pueblo fiel, imponía en la mano del padre de Cristo en su cuadro de Kalisz el nuevo anillo, esta vez donado por Su Santidad Juan XXIII, el papa que proclamó a san José patrón del Concilio Vaticano II e incluyó su nombre en el Canon romano. Además, recibirá de mano de su sucesor, el papa Pablo VI, una casulla, homenaje suyo a la imagen josefina de Kalisz, con la que el Sumo Pontífice quiso celebrar por vez primera el santo sacrificio, en honor del padre terreno de Cristo.

El mérito más trascendente de este obispo será el haber sido el promotor de la idea de crear en Polonia, en torno al santuario josefino de Kalisz, un centro de estudios científicos y teológicos sobre el padre de Jesús y esposo de María, habiéndose realizado en esta ciudad varios simposios internacionales de estudios sobre san José, el último en el 2009.

Como figuras más representativas de la josefología se encuentra a José Bilczewski, arzobispo de Lwów: joven teólogo y arqueólogo que se preocupó ya en 1895 del santo Patriarca, en su trabajo *San José patrono de la Iglesia universal*, y ya arzobispo de Lwów, en 1920, con una carta pastoral que llevó el mismo título y que tendrá gran significación, reimprimiéndose como único documento polaco significativo junto al conocido artículo sobre san José publicado en Cracovia en 1960 por el entonces obispo auxiliar Karol Wojtyła.

No hay que olvidar tampoco la profunda devoción a san José de órdenes religiosas como los jesuitas y los carmelitas descalzos. Las gracias josefinas recibidas por el Carmelo polaco han sido muchas pero no únicas. De toda Polonia se levanta, acabada la guerra, un clamor semejante de gratitudes, y una ola de devoción a san José como patrono de la Iglesia estalla en Polonia de mil formas y maneras. Es alma de todo el movimiento josefino de la familia teresiana en esa hora el padre José de la Virgen del Carmen, provincial en los trágicos días de la guerra y primeros años de la posguerra. Al santo protector de la Iglesia y de la Orden le dedican en ese período las nuevas fundaciones masculinas de Varsovia (1944), entre otras. Destacan las MM. Carmelitas Descalzas de Kalisz, único carmelito femenino que logró el privilegio de celebrar la fiesta josefina del 1 de mayo como solemnidad litúrgica.

El más alto acontecimiento josefino que ha vivido el Carmelo teresiano polaco, en la línea de los más característicos y grandes de su historia, tuvo lugar el 19 de marzo de 1981, cuando la ciudad de Cracovia volvió a consagrarse a san José en la imagen pintada por el hermano Lucas de San Carlos, ante la que, en la histórica y ya desaparecida iglesia de San Miguel y San José, lo hiciera ya una vez en los azarosos días de 1715, eligiéndole como patrono. Se acordó en el ambiente de reflorecimiento de la piedad josefina experimentado en Polonia en la posguerra, entronizar este cuadro en su iglesia y gestionar, a la vista de las circunstancias históricas, la consagración de Cracovia al Santo Patriarca; esta vez, por boca de la máxima autoridad eclesiástica, el cardenal arzobispo Francisco Macharski. La entronización en la iglesia se celebró solemnemente el 1 de mayo de 1980 y la repetición de la consagración el 19 de marzo de 1981. El beato Juan Pablo II envió una candelabra especial para la ceremonia y un telegrama. La ceremonia tuvo lugar ante tres mil fieles. Y así como el pueblo de Dios ha acudido a la protección de san José ante las dificultades de cada tiempo, el pueblo polaco muestra su fidelidad y amor al santo Patrono rindiéndole honores y recibiendo inmensas gracias que muestran su eficacia ante todo peligro.

Canadá, el hogar de san José

GERARDO MANRESA PRESAS

LA historia más interesante de América del Norte sería, sin duda, la de la Iglesia del Canadá, que es el país donde la fe tomó más fuerza desde el principio en esta vasta extensión del Nuevo Mundo. Esta Iglesia, por la santidad de sus costumbres y por la explosión que siguió a su primera etapa, fue para América septentrional lo que la Iglesia naciente de Jerusalén fue en otro tiempo para el resto de la Cristiandad.» Esteban Miguel Faillon, sacerdote sulpiciano, resume así lo que fueron los inicios de la evangelización en Canadá, la que se llamó Nueva Francia.

La consagración del Canadá a san José

CUANDO en 1497, el veneciano Cabot desembarcó en las tierras orientales del Canadá, pudo observar que ya alguien había plantado unas cruces en dichas tierras. No hay duda, hoy día, de que habían sido los marineros del País Vasco francés y de Normandía. No fue, sin embargo, hasta 1534 cuando Jacques Cartier, navegante francés, llegó y exploró las tierras del norte del Nuevo Mundo, la isla de Terranova y el golfo de San Lorenzo, en nombre del rey Francisco I de Francia. Cartier fue considerado el descubridor de la Nueva Francia. Ya en su primer viaje plantó una cruz de diez metros de altura y celebró una misa en el golfo de Gaspé. Hizo dos viajes más hasta la Nueva Francia, pero tras diez años de intentarlo, no pudieron fundar ninguna colonia. Sin embargo, la cruz brilló ya en el Canadá.

Durante la segunda mitad del siglo XVI hubo intentos de establecerse en el país los primeros misioneros, sacerdotes seculares y jesuitas, pero la hostilidad de Inglaterra obstaculizó su éxito. Debemos remontarnos a Champlain y al comienzo del siglo XVII para hallar rastros de una colonia regular. Samuel de Champlain, después de varios viajes a Canadá, se estableció allí en 1608, y el mismo año sentó las bases de la ciudad de Montreal en el Québec. A Samuel Champlain se le llama «padre de la Nueva Francia».

Una vez establecido, busca el mejor medio de civilizar a los autóctonos, principalmente los hurones y los iroqueses, y decide llevar misioneros. En primer lugar, elige a los franciscanos recoletos y así en verano de 1615 llega el primer misionero a Nueva Francia: es el padre José le Caron. Sin dudar, se

introduce en canoa, llevada por los mismos autóctonos, en la región de los hurones, Huronia, que más tarde será Ontario. Llega hasta la villa de Carhagouha, donde funda la primera misión en el país de los hurones. Otras doce personas forman parte de la expedición francesa. Este viaje es toda una hazaña y revela el extraordinario celo apostólico del padre Le Caron, quien lo realiza inmediatamente después de cruzar el océano sin haber viajado nunca en un canoa. En enero de 1616, acompañado de Champlain, el padre Le Caron visita otros territorios al sur de Huronia. Abandonó la Nueva Francia en el verano siguiente, pero regresó en 1617 para ejercer su ministerio en Tadoussac, con otros dos recoletos, Viel Nicolás y Gabriel Sagard, para avanzar más rápidamente en la evangelización de los aborígenes en el norte del país. Estos dos recoletos murieron mártires a manos de las tribus del interior. Mientras en Roma, a miles de kilómetros de distancia, el papa Gregorio XV establece que el 19 de marzo, festividad de san José, se celebre en toda la Iglesia como solemnidad. Era el año 1621.

Apenas establecida la solemnidad de esta fiesta en Roma, el padre José le Caron, en 1623, vuelve a la región de la Huronia para pasar, escribe él, «el invierno con san José». En sus memorias explica las dificultades de los trabajos de evangelización y en la fecha del 19 de marzo de 1624 señala: «Hemos celebrado una gran solemnidad donde todos los habitantes se han reunido, y varios salvajes, para un voto que hemos hecho a san José, que nosotros hemos escogido como nuestro patrón para el país y protector de esta Iglesia naciente.»¹ Desde entonces se celebra en el país la festividad de san José. En 1625, el padre Le Caron volvió a Francia, pero enseguida regresó al Canadá como superior de su orden en Québec.

En 1629 los ingleses invadieron el país y obligaron a los franceses a retirarse y volver a Francia; la ocupación inglesa duró hasta 1632 y esta época fue el único lapso de tiempo en todo el siglo XVII en que no se celebró la fiesta de san José en Québec.

Los jesuitas llegados a Nueva Francia en 1625

1. «Nous avons fait une grande solennité où tous les habitants se sont trouvés, et plusieurs sauvages, par un vœu que nous avons fait à saint Joseph, que nous avons choisi pour notre patron du pays et protecteur de cette Église naissante.»

Frere Luc: *Francia llevando la fe a los indios de Nueva Francia* (Museo de las Ursulinas de Québec, Canadá, c. 1670-1671)



podieron proseguir la evangelización de los franciscanos interrumpida por la invasión inglesa. La inmensidad del territorio, el clima y la hostilidad de los hurones e iroqueses convirtieron el Canadá en una de las misiones más difíciles de América. El padre Brébeuf, primer jesuita en llegar, que sustituyó al padre Le Caron en la misión de los hurones, en 1625, murió mártir en 1649, y así otros muchos jesuitas. A pesar de ello, la tribu de los hurones se llegó a convertir: no así los iroqueses, cuya conversión fue mucho más costosa.

La devoción a san José fue aumentando a medida que avanzaba la evangelización y los primeros indios bautizados por los jesuitas llevaban intencionalmente el nombre de José. En 1635 se crea la Asociación en Honor de San José para obtener conversiones en el país. Las misiones de los hurones y de los iroqueses se consagran a san José y muchas capillas, parroquias e incluso una ciudad reciben el nombre de San José (es la actual Ionatitia).

Por estas fechas, en 1639, llegan a la Nueva Francia las madres ursulinas, que en pocos años fundarán su noviciado del Québec con el nombre de San José.

Las Hijas de san José en el Hôtel-Dieu de Montreal

MIENTRAS en Francia, en 1630, el día de la Purificación de la Santísima Virgen, Jerónimo Le Royer, señor de la Dauversière, hombre de fe y de oración, casado y padre de tres hijos, y con pocas posibilidades económicas, des-

pués de consagrarse a san José y por él a la Sagrada Familia, pues san José le llevaba a María y María le llevaba a Jesús, sintió que el Señor le pedía que trabajase para el establecimiento de una congregación de Hijas Hospitalarias de San José y le dictaba el primer capítulo de las constituciones.

En 1634, el señor Le Royer volvió a recibir, de manera sobrenatural, un encargo en que Dios le insiste «que debe establecer su congregación y que dicha congregación, entre otros lugares, deberá establecer un hospital en la isla de Montreal en Canadá, para cuidar a enfermos pobres y niños tanto franceses residentes allí como los naturales del país, puesto que Dios debía ser honrado de esta manera, así como la Sagrada Familia, con una devoción particular, y que un hospital servido por las Hospitalarias de la Congregación de san José (que sólo existía en la mente de Dios) contribuiría mucho a su gloria...».

En 1635, después de comulgar en la basílica de Notre Dame de París, estando en oración a los pies de Nuestra Señora vio claramente a Jesús, María y José y oyó a Jesús que le decía a María: «¿Dónde encontraré un servidor fiel?». La Virgen le respondió, señalando al señor Le Royer: «He aquí, Señor, el servidor fiel». «Así serás a partir de ahora mi servidor fiel. Yo te daré fuerza y sabiduría, serás guiado por tu ángel de la guarda, trabajarás fuertemente en mi obra, tendrás mi gracia y no te faltará nada», le contestó el Señor. Y tomándole la mano le puso un anillo en el dedo y le dijo que lo llevaran todos los miembros de la congregación que iba a fundar.

En febrero de 1636, el obispo de Angers aprueba

los estatutos de la nueva congregación y en mayo del mismo año, las primeras jóvenes que aceptaron la misión encargada al señor Le Royer, María de la Ferre y Anne Foureau, su prima, se retiran en el Hôtel-Dieu de La Flèche formando comunidad con las tres sirvientas de dicho hospital. Así nació la Congregación de las Hijas de San José.

Faltaba realizar la erección del encargo en la Nueva Francia y para ello se puso en contacto con los jesuitas, que ya habían fundado misiones en Canadá. Una vez convencidos los jesuitas de las revelaciones místicas del señor Le Royer, le animaron y apoyaron en su misión del Canadá. En su busca de ayuda económica en París y en 1639, junto con el abad Olier y otras personas piadosas, funda la «Sociedad de Notre-Dame de Montreal para la conversión de los salvajes de la Nueva Francia».

En 1641, por fin, un miembro de esta sociedad, el señor De Maisonneuve con un equipo de colonos, salía de Francia con dirección a Québec para la creación del hospital Hotel-Dieu. Debido a dificultades, las Hijas de San José no llegarán hasta 1859, para «trabajar en la misión encomendada por el Señor». Y en 1662 entra en la congregación la primera hija de Quebec.

La Cofradía de la Sagrada Familia

EN setiembre de 1643 desembarca en Montreal un matrimonio francés muy piadoso, los señores Ailleboust. Él había sido nombrado gobernador de la Nueva Francia y ella se dedicaba a labores piadosas y de ayuda en el Hotel-Dieu. En 1660 murió el señor Ailleboust y ella no quiso volver a Francia, sino permanecer en el país consagrada a Dios. En principio se retiró al Hotel-Dieu de Montreal, en donde vivía como en un claustro y meditaba cómo podía servir mejor al Señor. En esta situación se dirigió al obispo de Montreal, monseñor Laval, y después de algunos meses de meditación vio claramente que el Señor la llama a fundar una cofradía de la Sagrada Familia.

En 1662, el obispo Laval la dirige al padre Chaumonot, S.I., para formar dicha cofradía de la Sagrada Familia cuya finalidad había de ser que en todo el país y en todo el mundo se imitara a Jesús, María y José. El padre Chaumonot, era un jesuita muy especial: después de una juventud muy desgraciada, abandonando y robando a su familia, caminó a pie a Roma y en Loreto le prometió a la Virgen

que «si le adoptaba como hijo le serviría siempre como madre». Vuelto a su país se confiesa y decide volver a una vida cristiana y poco después, en 1632, siente el deseo de entrar en la Compañía de Jesús, pero unos fuertes dolores de cabeza le impiden proseguir... hasta que, dice él, «recurrí a san José, el esposo de la Virgen Madre, puesto que nadie mejor que el jefe de la familia de Jesús me puede hacer que me admitan para siempre en la Compañía de Jesús». Restablecido, es ordenado sacerdote y decide ir de misionero a la Nueva Francia, en 1637, después de pasar de nuevo por Loreto y dar gracias a la Virgen y promete construir en Canadá una casa réplica de la casa de la Sagrada Familia. Es tal la devoción que tiene a san José que cambia su nombre de pila; se llamaba Pedro y a partir de ahora se llamará Pedro-José María Chaumonot.

Es así como en Canadá el padre Chaumonot encontrará en 1662 a la señora Ailleboust y fundarán la Cofradía de la Sagrada Familia dedicada al fomento de la vida cristiana de las familias de la Nueva Francia y de los indios nativos.

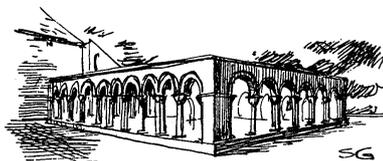
En pocos años Canadá se convirtió en un país donde el nombre más común entre sus hijos era el del superior de la Sagrada Familia.

Conclusión

UNA imagen que vale por mil palabras: el 31 de mayo de 1666, los jesuitas del Québec construyeron una iglesia para su colegio, frente a la catedral. Planificaron con tiempo su ornamentación pictórica. El día 20 de junio de 1666 el superior del colegio, padre Le Mercier, escribe en su *Diario*: «Los hurones nos han hecho cinco regalos para contribuir a la construcción de nuestra iglesia, entre ellos un cuadro que resalta cómo ellos abrazaron su fe».

Y tiene como título: *Francia trae la fe a los indios de Nueva Francia*. En él se puede observar como el pintor representa la fe cristiana aportada a los indios bajo el símbolo de un cuadro sobre el cual la reina de Francia, Ana de Austria, esposa de Luis XIII, ofrece a un hurón un cuadro sobre el que están pintados Jesús, María y José, la Sagrada Familia, acompañados de san Joaquín y santa Ana, bajo la atenta mirada, desde el cielo, de la Santísima Trinidad.

Este cuadro está actualmente en la capilla de las ursulinas del Québec, adonde se trasladó tras la destrucción de la capilla de los jesuitas, en 1807.



«La escalera de san José»

ISABEL GANUZA CANALS

EN 1852, respondiendo a la invitación del obispo de Santa Fe, Nuevo México, siete hermanas de la comunidad de Loreto partieron de su casa madre en Kentucky para fundar un nuevo convento dedicado a educar niñas.

Después de varios meses de viaje, las cinco hermanas llegaron a Santa Fe e inmediatamente se establecieron en el centro del pueblo. Santa Fe en aquel tiempo era una pequeña villa habitada principalmente por indios y mexicanos.

Llevaban veinte años enseñando en la escuela cuando en 1873 el obispo sugirió que construyesen una capilla. La obra, al estilo de la Sainte Chapelle de París, tardó casi cinco años y la llamaron «Nuestra Señora de la Luz». Cuando estaba ya casi terminada, avisaron a la madre superiora que, por un error del diseño, no había acceso al coro. No se podía poner una escalera convencional porque ocuparía demasiado espacio de la capilla.

Para resolver el problema, las hermanas ofrecieron una novena a san José. El último día de la novena, un señor canoso llegó montado en un boricón a la puerta del convento. Traía un baúl con herramientas y se ofreció a construir la escalera. Las hermanas observaron con asombro el avance de la obra. Una vez terminada, cuando iban a festejar al gentil carpintero, este desapareció sin cobrar por su maravilloso trabajo. Pronto comenzaron a circular comentarios de que san José había construido la escalera para las hermanas.

La escalera es una obra maestra extraordinaria de carpintería. Mide 22 pies de alto y tiene 33 peldaños. Forma dos círculos completos. Arquitectos, ingenieros y científicos no se explican cómo se sostiene la escalera ya que no tiene un soporte central

visible y la dificultad técnica resulta notable. No se utilizaron clavos en la construcción. Tampoco se sabe de dónde procede la madera, ya que no existe por la zona.

Actualmente la capilla recibe más de doscientos cincuenta mil visitantes al año.



Todos los pueblos conocerán, venerarán y adorarán el nombre del Señor y los dones grandes que Dios puso en santo José, que quedaron ocultos por mucho tiempo... Se edificarán templos en su honor, se celebrarán sus fiestas, y los pueblos le presentarán sus votos... En los calendarios de los santos su nombre no estará ya en lo último sino en lo primero. Pues se hará su fiesta principal y venerable. Pues mandará el Vicario de Cristo en la tierra que se celebre en todos los concilios de la Iglesia militante, y así el que en el cielo siempre fue superior no quedará en la tierra por debajo.

ISIDORO DE ISOLANO: *Suma de los Dones de San José*

Inicio de la Adoración Perpetua en San Sebastián

JOSÉ MARÍA ECHEVERRÍA-TORRES

EL pasado 1 de enero el obispo de San Sebastián don José Ignacio Munilla dirigía una carta a sus diocesanos sobre la Adoración Perpetua, en la que decía:

Como bien sabéis, en el último punto de la carta pastoral «Dejarnos conducir por Él», se anunciaba la «Adoración Perpetua» como uno de los medios en los que quiere apoyarse el Plan Pastoral 2011-2016 de nuestra diócesis de San Sebastián. Recuerdo brevemente aquellas palabras a las que me refiero:

«El éxito de un plan pastoral estriba principalmente, por lo que a nosotros respecta, en la combinación de cuatro factores: el celo apostólico, el encuentro y afecto entre los evangelizadores, el discernimiento acertado de los signos de los tiempos, y la oración y apoyo en los medios de gracia. “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no vigila la ciudad, en vano vigilan los centinelas...”» (Sal 126).

»Entre los medios elegidos para llevar adelante este Plan Pastoral, destaca la puesta en marcha de la Adoración Perpetua en una de las parroquias de San Sebastián, donde se adorará al Señor en la Eucaristía, de forma permanente. Deseamos que este lugar de oración sea al mismo tiempo un lugar de acogida y escucha para quienes buscan a Dios. Entre todos los demás medios pastorales, éste destaca como un signo que remarca la centralidad de Jesucristo en la vida de la diócesis. La tarea de la evangelización ha de ser fundamentalmente “cristocéntrica”. Queremos seguir a Jesús, o mejor aún, tal y como se formula en el título elegido para esta carta pastoral, deseamos ser tan dóciles como perseverantes para dejarnos conducir por Él en su seguimiento.

»El objetivo de la Adoración Perpetua es, en primer lugar, ofrecer a toda la diócesis un lugar en el que se visualice de una forma especial la comunión orante de todos cuantos formamos la Iglesia de Cristo. La adoración silenciosa nos configura con Cristo, al mismo tiempo que nos armoniza en un mismo espíritu a todos los adoradores. En segundo lugar, la Adoración Perpetua es también una potente iniciativa de intercesión a favor de los frutos de la tarea de la Nueva Evangeliza-

ción. Como el Moisés orante, nos dirigimos a Dios; oramos con los brazos extendidos, intercediendo por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo.

»Dios mediante, deseáramos que el próximo Miércoles de Ceniza, día 22 de febrero, fuese la fecha de inicio de esta iniciativa, coincidiendo con la llamada a la oración que la Iglesia realiza en el tiempo cuaresmal. (...)

»Os pido a todos que abráis las puertas de vuestro corazón a esta iniciativa; y a que la acojáis en la línea del llamamiento de Jesucristo a retirarnos a un lugar solitario con Él para descansar y hacer oración (cf. Mc 6, 31). El templo de la Adoración Perpetua, en la que el Santísimo Sacramento esté expuesto para la adoración personal y silenciosa, está llamado a ser el corazón de la diócesis, y un signo de una Iglesia que tiene sus puertas abiertas de continuo a cuantos sienten la invitación del Señor a su intimidad con Él.»

Hasta aquí la carta de nuestro señor obispo. En el momento de escribir esta carta y hacerla pública, no había un solo adorador inscrito. Tanto D. José Ignacio como los dos vicarios de la diócesis y el sacerdote responsable, comenzaron a hablar de esta iniciativa en las homilías de las misas que ellos celebraban los fines de semana. Al finalizar la misa se les entregaba a los fieles un tríptico y una hoja vacía para que la entregaran en su parroquia dando sus datos e indicando a qué hora de la semana deseaban adorar al Señor en la Eucaristía.

Este proyecto diocesano de adoración eucarística se presenta bajo el nombre de *Adora*, un término muy significativo, tanto en español como en euskera («adora dezagun»).

Al mismo tiempo que se ofrecía la posibilidad de hacer turnos de adoración, el sacerdote encargado de «adora», ofrecía a los sacerdotes de la diócesis la posibilidad de hacer turnos en el confesionario de tal forma que hubiera sacerdotes para confesar el mayor número de horas posible, a lo largo del día.

Parecía muy arriesgado fijar la fecha de comienzo sin tener un solo adorador, pero el día 22 de febrero, había 420 personas, no solo donostiarras, sino también de la provincia que deseaban adorar al Señor por lo menos una hora a la semana.

Se decidió comenzar la Adoración pero adoran-

do todos los días de 6 de la mañana hasta la media noche y únicamente adorar toda la noche del jueves al viernes.

El día 22 después de la misa de Ceniza en la catedral del Buen Pastor fuimos en procesión desde la catedral hasta la iglesia de San Martín, donde quedó inaugurada la Adoración Perpetua. Don José Ignacio en la homilía nos habló de la cuaresma como tiempo de conversión y, por tanto, de confesión, tiempo de penitencia y tiempo de oración y de caridad.

Unos días más tarde, en una entrevista en la radio, le preguntaron qué le decía al Señor cuando le llevaba bajo palio en la procesión y dijo lo siguiente:

«... Yo le decía al Señor: ¡Señor, este es tu pueblo! ¡Tú lo sabes bien, yo te pido que acojas a cada una de las personas con las que nos cruzamos! ¡Reina entre nosotros! Le pedí que Él reinara en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestra ciudad. Porque estoy convencido de que la gran crisis de nuestro pueblo vasco ha nacido cuando hemos sido idólatras y en nuestro corazón hemos puesto otros dioses que no son Él, cuando hemos puesto el dinero, la política, el placer, etc... cuando han ocupado el lugar que debía ocupar Jesucristo, cuando se ha producido esa idolatría, de ahí se han derivado todos los males. Esa es la clave, ese es el diagnóstico y por eso me parece que

la Adoración es verdaderamente el remedio, es la medicina».

Al llegar a la iglesia de San Martín un grupo numeroso de niños arrojó pétalos al Santísimo.

Al día siguiente se apuntaron más de veinte personas y muchos de ellos nos dijeron que habían experimentado una gran alegría durante la procesión, durante la homilía y durante la inauguración.

En un principio se decidió que hubiera adoración las noches del Miércoles de Ceniza, jueves, viernes y sábado. Cuando llegamos al sábado ya había personas apuntadas para la noche del domingo y la del lunes por lo que se decidió continuar y cuando llegamos al lunes ya había personas apuntadas para martes y miércoles, por lo que el obispo decidió que fuera perpetua, es decir que se adorara los siete días de la semana, las 24 horas del día.

Jesús nuestro Señor deseaba quedarse perpetuamente expuesto con nosotros en la iglesia de San Martín; tenía muchas ganas de que la Adoración de San Sebastián fuera perpetua. Aunque la iniciamos pensando que no sería perpetua, fue perpetua desde el primer momento.

Cuando una periodista me preguntó: «¿Perpetua, pero sabe usted lo que es perpetua?», caí en la cuenta de lo que era perpetua, que el Señor se quedaba con nosotros expuesto hasta su segunda venida, hasta la Parusía.

No hay más Señor en el mundo que el Señor Dios nuestro; todos han de reconocer este supremo dominio, y el no reconocerlo comporta ya un pecado. No obstante, Dios en su infinita bondad ha querido hacer participantes a las criaturas de este supremo dominio suyo. Instituyó jerarquías de ángeles que presidiesen y gobernasen a los hombres; en su Iglesia, prelados y pastores; en los estados, príncipes y magistrados, y en las familias padres y jefes que gobernasen las casas como a delegados y representantes suyos. Aun en el orden sobrenatural ha establecido también seres, ha constituido hombres y mujeres ilustres para que intercediesen por los hombres viadores, los dirigiesen y encaminasen a su último fin. Por secreto impenetrable de su sabiduría ha hecho como una división de poderes: a unos ha dado poder y eficacia para las cosas y necesidades temporales; a otros para las espirituales; a unos les ha constituido protectores de la niñez; a otros, de la juventud, etc. Pero hay un bienaventurado en el cielo a quien Cristo Nuestro Señor constituyó Padre, Protector e Intercesor de todo el linaje humano, porque fue padre, protector y custodio suyo en la tierra, y el amor de Cristo hacia nosotros es tan grande, que quiso darnos el mismo Padre y la misma Madre que Él tuvo. Ya entenderéis que hablo del glorioso patriarca san José, cuya fiesta hoy celebramos.

La intercesión y patrocinio de San José es el más eficaz y poderoso del cielo, a excepción de María Santísima. Por esto ha sido declarado patrono de la Iglesia universal. Porque un intercesor es más poderoso en cuanto es más amado de Dios. San José es el bienaventurado más amado de Dios, a excepción de María Santísima. Luego es el más poderoso intercesor.

Torras i Bages: festividad de san José del año 1885

Schola Cordis Iesu ha sido erigida en San Sebastián

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

CON fecha 21 de diciembre de 2011, el obispo de la diócesis de San Sebastián, don José Ignacio Munilla Aguirre erigió Schola Cordis Iesu en un centro del Apostolado de la Oración existente en la catedral del Buen Pastor de San Sebastián, mediante decreto que se adjunta.

La sección del Apostolado de la Oración, Schola Cordis Iesu de San Sebastián ha sido erigida según sus propios estatutos, aprobados por el P. Luis M^a Mendizábal, S.I, director nacional del Apostolado de la Oración en aquella fecha de 31 de mayo de 1981, momento en que se aprobó la citada sección para toda España.

Esta sección surgió en Barcelona en 1957, siendo obra del P. Ramón Orlandis, S.I., y fue erigida para la diócesis de Barcelona en diciembre de 1959. En la actualidad se rige por los estatutos aprobados el 16 de octubre de 1996, de acuerdo con la normativa sobre asociaciones de fieles que contiene el Código de Derecho Canónico de 1983.

En diciembre de 1965, un grupo de Schola Cordis Iesu de Barcelona se reunió con un grupo de congregantes marianos de San Sebastián en el pueblo de Huici (Navarra). Fue allí donde don Francisco Canals Vidal dio varias charlas, para dar a conocer el espíritu de la obra del P. Orlandis, S.I., así como la necesidad de su espiritualidad para nuestro tiempo. Entre otros temas, trató sobre los Ejercicios Espirituales de san Ignacio y el magisterio de la Iglesia. Se puede considerar que es entonces cuando nació Schola Cordis Iesu en Gipuzkoa, hace ahora 46 años.

La explicación de la meditación ignaciana de los tres binarios y los comentarios sobre el Concilio Vaticano II, recién clausurado, fueron centrales para que la Providencia divina moviera los corazones de los asistentes y les mostrara el camino hacia la espiritualidad del Aposto-

lado de la Oración, en particular la devoción al Corazón de Jesús y la esperanza del Reino de Cristo.

Las reuniones formativas se han mantenido a lo largo de todos estos años, primero anuales, y luego semanales, a nivel diocesano.

Es por tanto, un motivo para dar gracias a Dios el que haya sido erigida la sección Schola Cordis Iesu en nuestra diócesis de San Sebastián. Como miembros del Apostolado de la Oración hacemos el ofrecimiento diario, pidiendo siempre por las intenciones del Papa, de los obispos y de los párrocos.



José Ignacio Munilla Aguirre
DONOSTIAKO GOTZAINA
OBISPO DE SAN SEBASTIÁN

JOSÉ IGNACIO MUNILLA AGUIRRE, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SAN SEBASTIÁN

DECRETO
DE ERECCIÓN DEL CENTRO DE «SCHOLA CORDIS IESU»

Por la presente y en virtud de mis facultades ordinarias, establezco «SCHOLA CORDIS IESU» (Sección del Apostolado de la Oración, según sus propios Estatutos, aprobados por la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración con fecha de treinta y uno de Mayo de mil novecientos ochenta y uno), en el mismo Centro del Apostolado de la Oración legítimamente erigido en los locales de la calle Urdaneta, número doce, letra A, de Donostia-San Sebastián.

Dado en San Sebastián, a veintiuno de Diciembre de dos mil once.



José Ignacio Munilla Aguirre
Obispo de San Sebastián

Por disposición del Sr. Obispo

Tomás Iraola Sarasúa
Canciller Secretario

Proceso de establecimiento y difusión de Schola Cordis Iesu como sección del Apostolado de la Oración

SCHOLA Cordis Iesu, aprobada como sección del Apostolado de la Oración en 10 de junio de 1957 por la Dirección General del A. de la O., y autorizada su erección por decreto del Obispado de Barcelona de 29 de diciembre de 1959, fue formalmente establecida el 6 de enero de 1960, por la Dirección diocesana, como sección del centro del Apostolado de la Oración de la citada iglesia del Sagrado Corazón.

El 27 de marzo de 1968 fueron aprobados por la Santa Sede los estatutos del Apostolado de la Oración, adaptando a las directrices del Concilio Vaticano II los que estaban vigentes hasta entonces desde el 28 de octubre de 1951. Como consecuencia de esta adaptación, Schola Cordis Iesu realizó una adaptación de sus estatutos, aprobados el 3 de septiembre de 1970, inspirándose en el decreto del Concilio Vaticano II sobre el apostolado de los seglares y en los nuevos estatutos del Apostolado de la Oración (IV, 3). Siendo el ámbito de acción el territorio del Arzobispado de Barcelona.

El 31 de mayo de 1981, el que era director nacional del Apostolado de la Oración (padre Luis M^a Mendizábal, S.J.) decretaba la constitución para toda España de la sección del Apostolado de la Oración llamada Schola Cordis Iesu. Para entonces, las actividades de Schola Cordis Iesu se habían extendido, entre otros lugares, a San Sebastián, Bilbao, Pamplona y Palma de Mallorca.

El 4 de junio de 1982, el padre Igartua, S.J., siendo director de un centro del Apostolado de la Oración, legítimamente erigido en Bilbao, por el entonces director diocesano del Apostolado de la Oración

en la diócesis de Bilbao, padre Corta, S.J., erigió en el mismo la sección «Schola Cordis Iesu», según los estatutos aprobados por la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración en España.

El 16 de octubre de 1996, se llevó a cabo una nueva actualización de los estatutos de Schola Cordis Iesu en Barcelona, de acuerdo con la normativa sobre asociaciones de fieles que contiene el Código de Derecho Canónico de 1983, erigiéndose como una asociación privada de fieles, constituida por tiempo indefinido en la diócesis de Barcelona, al amparo de lo que está establecido en los cánones 299, 321-326 y concordantes. Dicha asociación posee personalidad jurídica propia a todos los efectos reconocidos por las leyes eclesiásticas y civiles. Schola Cordis Iesu se rige en la diócesis de Barcelona al día de hoy (12 de marzo de 2011) por estos estatutos.

El 15 de diciembre de 2010, el arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, erigió en asociación privada de fieles laicos la «Asociación Schola Cordis Iesu» de Pamplona (Navarra), con la consiguiente personalidad jurídica privada.

El 19 de marzo de 2011, en Tarazona (Zaragoza), se constituyó el secretariado de Schola Cordis Iesu, sección nacional del Apostolado de la Oración, así como los secretariados de los centros de Schola Cordis Iesu en Barcelona, Bilbao, Pamplona y San Sebastián, estando presente el secretario nacional del Apostolado de la Oración, padre García Ruiz de Medina, S.J.

El 21 de diciembre de 2011, el obispo de San Sebastián, erige Schola Cordis Iesu en Gipuzkoa asociada al centro del Apostolado de la Oración existente en la catedral del Buen Pastor.

En tiempos difíciles para la Iglesia, Pío IX, queriendo ponerla bajo la especial protección del santo patriarca José, lo declaró «Patrono de la Iglesia católica». El Pontífice sabía que no se trataba de un gesto peregrino, pues, a causa de la excelsa dignidad concedida por Dios a este su siervo fiel, «la Iglesia, después de la Virgen Santa, su esposa, tuvo siempre en gran honor y colmó de alabanzas al bienaventurado José, y a él recurrió sin cesar en las angustias».

[...]

Este patrocinio debe ser invocado y todavía es necesario a la Iglesia no sólo como defensa contra los peligros que surgen, sino también y sobre todo como aliento en su renovado empeño de evangelización en el mundo y de reevangelización en aquellos «países y naciones, en los que –como he escrito en la exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*– la religión y la vida cristiana fueron florecientes y» que «están ahora sometidos a dura prueba...».

JUAN PABLO II: Encíclica *Redemptoris custos*

Monseñor Irurita no quiso salvar su vida al precio de una indignidad

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

EL papa Benedicto XVI en su viaje a México el 25 de marzo de 2012 sobrevolará en helicóptero el cerro del Cubilete, donde se halla el monumento erigido a Cristo Rey. En el actual santuario, construido sobre las ruinas de un monumento anterior, bombardeado y dinamitado por orden del presidente Calles en 1926, se rinde homenaje a los mártires cristeros que al grito de ¡Viva Cristo Rey! le ofrecieron la vida en defensa de su realeza social sobre la nación mejicana.

Arrodillados a los pies de Cristo Rey, dos ángeles le ofrecen dos coronas: una de espinas, la del martirio, y otra real, como Rey y Señor de todos los hombres, indicando así cómo el martirio es la expresión del testimonio más creíble de la realeza de Cristo y de la esperanza en su promesa de que va a ser aceptado por toda la humanidad como Rey y Señor. En el interior de la imagen, a la altura de su corazón, hay un altar donde en ocasiones muy solemnes se celebra la Santa Misa.

Esta pública proclamación de la realeza social del Corazón de Jesús y su ejemplar testimonio por el martirio en aquellos años del pasado siglo, marcó también el pontificado del obispo de Barcelona monseñor Manuel Irurita, expresado en su lema episcopal: «Oportet illum regnare». Muchos de los mártires mexicanos de Cristo Rey de los años veinte, que enseñaron a los mártires españoles a ofrecer a Dios nuestras vidas al grito de ¡Viva Cristo Rey!, han sido ya beatificados; monseñor Manuel Irurita, tras dilaciones y obstrucciones, espera su glorificación, pero su hora prevista por Dios la tenemos por cierta y próxima.

21 de julio de 1936: huida tras el asalto al palacio episcopal

VENCIDA ya la sublevación militar, un grupo de revolucionarios se presentaba en la mañana del martes 21 de julio ante la puerta de la catedral de Barcelona para profanarla, pero al verla protegida por guardias, al grito de: «Vamos a por el obispo y sus tesoros», se encaminó al colindante palacio episcopal, que se hallaba sin custodia. Se agolparon ante la puerta, a la que echaron una lata de gasolina y le prendieron fuego. Unos disparaban contra la cerradura e intentaban abrirla con

palancas, mientras otros trepaban hasta el balcón de la fachada. Francisco Lacruz, en su libro *El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona*, da cuenta de que el asalto lo dirigía Joaquín Vilá Bisa, periodista de Esquerra y jefe de Prensa de la Presidencia de la Generalitat.

Ante la inminente invasión por las turbas, los tres policías que el día anterior se presentaron en el palacio episcopal para custodiar sus dependencias, le dicen al obispo que se ven impotentes, y sin pedir auxilio a la vecina Generalitat, sede del gobierno catalán, distante sólo unos treinta metros, le instan a que huya de inmediato. Monseñor Irurita, que estaba en la capilla y acababa de celebrar la santa Misa, recoge la reserva del Santísimo y diciendo en voz alta: «¡Señor, lo que tú quieras!», la lleva en el copón pequeño envuelto en un paño morado a casa del conserje. Sus familiares le quitan la sotana que se resiste a dejar, y el pectoral, y le cubren con el guardapolvo y la gorra del portero.

Los asaltantes penetran por fin, y comienzan a echar por las ventanas que dan a la plaza Nueva, documentos, imágenes, muebles y enseres. Tras el saqueo no se les permite prendan fuego al edificio, ante el riesgo de que se extienda a las colindantes dependencias de la Generalitat. A mediodía Joaquín Vilá se presentó en el Palacio de la Generalitat revestido de ornamentos entre grandes risotadas. Días después, abochornado, dijo que Companys le había reñido por aquella broma de mal gusto, pero siguió al frente de la Comisaría de Prensa de la Generalitat, gozando de la plena confianza del President.

Refugiado en casa de don Antonio Tort

A la entrada de las turbas, monseñor Manuel Irurita huye con su familiar mosén Marcos Goñi, su prima Emeteria y el conserje Eusebio por la puerta de la casa de éste (hoy tapiada) que da al callejón de Montjuic del Obispo. Los policías le abandonan a su suerte. Sin saber adónde ir, entra en la casa del canónigo doctor Faura, que está enfrente, pero llegó una telefonista y le dijo que allí no estaba seguro, que se viniera a su casa. Bajaron a la calle y topan con Antonio Tort, que acudía a ver si podía ayudar en algo en defensa del obispado. Antonio Tort le dice: «Señor obispo, usted se viene

a mi casa», y monseñor Irurita, Marcos Goñi, y Eusebio le siguen hasta su domicilio en la vecina calle del Call, número 17. Un grupo de desalmados les interceptó el paso preguntando si alguno de ellos era el obispo, pero Eusebio, el conserje, contestó decidido: «¡Ca, el obispo marchó ya hace días!» En casa de Antonio Tort monseñor Irurita permaneció escondido desde el 21 de julio al 1 de diciembre de 1936.

En este domicilio se hallaban ya refugiadas cuatro hermanas carmelitas de la Caridad que don Antonio había ido a buscar a su colegio de la calle Lladó, y que habían traído consigo un copón y ornamentos con los que monseñor Irurita y mosén Marcos Goñi celebraron la misa sobre una cómoda instalada en su aposento durante los cuatro meses y diez días en que permanecieron allí recluidos. Se organizó la adoración continua, turnándose la familia y todos los refugiados. Se rezaban en común las tres partes del rosario, pero monseñor Irurita lo hacía además en privado continuamente. La madre Torres escribe: «El mes de octubre el señor obispo lo pasó rezando el rosario. Hubo día que pasó de veinte partes.»

Monseñor Irurita se preguntaba si no hubiera debido tomar mayores precauciones ante la persecución que todos veían venir, y si su absoluta confianza en los designios del Corazón de Jesús no habría sido temeridad. Su dirigida, la beata mártir Apolonia Lizárraga, superiora general de las Carmelitas de la Caridad, que acudió a casa Tort el 3 de septiembre a pedirle consejo, se debatía también en semejantes escrúpulos. Monseñor Irurita reconocía: «La desconfianza y tristeza han sido mis continuas tentaciones, pero sólo Dios sabe lo que he luchado y los actos de fe y esperanza que he hecho... no desconfiemos, Jesús está con nosotros. En esta casa tiene sus complacencias. Aquí está toda la diócesis».

Monseñor Manuel Irurita y monseñor Salvio Huix, obispos mártires

UNOS días antes del estallido de la guerra, monseñor Irurita, de paso por Lérida de regreso a Barcelona desde su Navarra natal, visita a su amigo y sucesor en la mitra monseñor Huix. Comen juntos y comentan las crecientes amenazas que se ciernen sobre sus personas como máximos representantes de sus respectivas iglesias, y se manifiestan dispuestos a no abandonar a sus diocesanos, y ser los primeros en sacrificar sus vidas en la persecución de sangre que sentían ya segura y cercana.

El doctor Amadeo Colom Freixa, que fuera familiar de monseñor Huix, le contó al padre Salvador Nonell, fundador de Hispania Martyr, como él fue

testigo de excepción en julio de 1936 de la entrañable conversación entre ambos prelados. Dice: «Se preguntaban mutuamente si Dios les tendría por dignos del martirio; y en caso afirmativo, si sabrían prestar la docilidad necesaria, y se animaban tú a tú, ambos obispos, a decir sí... Y todos sabemos lo que pasó...».

El hermano jesuita Francisco Vives, amanuense del provincial, había logrado embarcar al padre Murall a través del consulado italiano. Dice que fue a casa de los Tort a entrevistarse con monseñor Irurita, pero que éste se negó a marchar considerando cobardía huir de Barcelona en el fragor de la persecución. El señor obispo dijo: «Si el Santo Padre me llama, a pesar de todos los peligros, correré a su llamamiento; pero, de lo contrario, estoy contento de no separarme de mi diócesis.»

Monseñor Irurita le daba vueltas a la idea de presentarse en el palacio de la Generalitat, distante sólo una travesía de su casa refugio, y ponerse en manos de sus gobernantes. Cada anochecer, tras la persiana del balcón, les encomendaba y bendecía. El vicario general padre José María Torrent y Antonio Tort le desaconsejaban tal temeridad.

Pero llegó la noticia de que su amigo el obispo monseñor Huix, que se había entregado a la protección de la Guardia Civil el 23 de julio, había sido asesinado en la madrugada del 5 de agosto a la salida de Lérida, al ser ordenado telefónicamente desde Barcelona su traslado desprotegido a ésta para juzgarle. Monseñor Irurita quedó muy afectado, y se decía: «¿No será cobardía esconderse y no salir a defender los intereses de Cristo? ¿Será que no soy digno de la gracia del martirio?». Tras unos días de tribulación, anunció a la familia Tort que también él iba a presentarse a las autoridades de la Generalitat para ser sacrificado. Mucho le costó a esta familia y a su vicario general padre Torrent disuadirle de este propósito, alegando que de Roma llegaban indicaciones de que debía marchar allá.

«A otros obispos les hemos facilitado pasaporte, pero a éste no»

PARA la salida oficial de Barcelona al extranjero en agosto de 1936, además del pasaporte que otorgaba discrecionalmente Governació de la Generalitat y debía firmar su conseller, se precisaba el visado del cónsul del país de destino y contar con el principal requisito: la autorización de los partidos que formaban el Comité de Milicias Antifascistas, dominado por la FAI, y cuyos sellos, según el orden de impresión en el pasaporte, indicaban a sus patrullas del Comité de Milicias que controlaban puertos y fronteras, libertad o muerte.

Antonio Tort y mosén Torrent encomendaron las gestiones de obtener pasaporte para monseñor Irurita bajo el nombre de Manuel Luis, al joven congregante Luis Creus Vidal, cuya esposa era conocida del cónsul italiano en Barcelona. Acudió Luis Creus a los responsables de las dependencias de la Conselleria de Governació, en manos masónicas de Esquerra Republicana, quienes al conocer finalmente su verdadero destinatario, se lo denegaron diciéndole: «A otros obispos se lo hemos facilitado, pero a éste no». Era un modo de decir que monseñor Irurita debía morir a manos de sus «incontrolados» instrumentos anarquistas, pues se lo había merecido.

Al tiempo que tramitaba el pasaporte, Luis Creus procuró obtener el visado consular de entrada en el país de destino. Dado que el cónsul italiano Carlos Bossi, tras el apoyo de Mussolini a Franco en agosto carecía ya de influencia en medios gubernativos, a indicación del cónsul argentino, se dirigió al cónsul francés Jean Tremoulet. En un principio se prestó a facilitar su salida, pero días después, el 20 de septiembre, recibía a Luis Creus agriamente, acusando a monseñor Irurita de ser uno de los promotores de la rebelión militar, por lo que para proseguir su gestión exigía una carta en que el obispo «reconociera que su política en Barcelona había sido poco afortunada, por lo que solicitaba su salida, proponiéndose retirarse a alguna abadía en Italia. Con esta carta se comprometía a sacarle con toda seguridad, debiendo previamente renunciar a la mitra».

Otra versión intencionada dice que Tremoulet contaba que «un día, en plena euforia revolucionaria y anticlerical, se le presentó un señor... que le pidió ayuda para sacar al obispo al extranjero. El cónsul, como que “Irurita era enemigo de la Generalitat”, y además él, como diplomático, representaba a un gobierno del Frente Popular, se quiso cubrir, y le pidió que el obispo hiciera un papel de dimisión, y una vez lejos de Barcelona, si quería, que lo revocase. Según Tremoulet, Irurita se negó indignado» (Albert Manent, *L'Església clandestina*, p. 66).

Pero el testimonio del receptor de la inicua propuesta mediante la que se autorizaría su salida, la juzga así: «Le fue ofrecida al doctor Irurita la vida, la libertad y una evacuación tranquila, bajo unas condiciones, incluso al parecer, no absolutamente de apostasía, pero netamente de estampa de maquiavelismo satánico. Repetimos que el camino era seguro, e incluso hubiera podido quizá disfrazarse elegantemente. ¡Cuán poco conocían a nuestro santo pastor quienes imaginaron cazarle solapadamente! El hecho es que en el doctor Irurita se cumple una condición evidentemente de martirio. Renunciar a su salvación a precio, no ya de apostasía formal, sino de algo que lo hubiera parecido. ¿No es éste un au-

téntico argumento martirial?» (Luis Creus Vidal. *CRISTIANDAD*, marzo de 1981). Al referirle Luis Creus las inicuas exigencias del cónsul francés, monseñor Irurita comprendió que este frustrado desenlace mostraba que la Providencia le quería entre sus diocesanos, y se ofreció presto a ofrecer su vida por Cristo Rey.

«El llorado pastor Manuel Irurita se vistió con la púrpura de su sangre»

EL 10 de diciembre de 1943 los restos mortales de monseñor Irurita, exhumados de la fosa común del cementerio de Montcada, fueron trasladados a la catedral de Barcelona. El prelado de la diócesis doctor Modrego en la oración fúnebre, dijo: «Siete años hace que el llorado pastor doctor Irurita se vistió con la púrpura de su sangre... Él mismo dispuso por su voluntad ser enterrado en la capilla del Santísimo de esta catedral, inspirado por su amor a la Eucaristía, lo más cerca posible del sagrario y a los pies del Santo Cristo de Lepanto. Tuve hace poco el consuelo de firmar el decreto final resolutivo del proceso de reconocimiento e identificación de los restos del santo mártir y de disponer su traslado... Al ofrecérsele los medios de salir de Cataluña, con la ominosa condición de renunciar a la mitra, no aceptó la oferta, pues no quiso dejar su diócesis, y prefirió quedarse aquí arrostrando la furia de los sin Dios y prepararse al martirio con continuas y fervorosas oraciones... El último gesto del doctor Irurita fue bendecir a los que le fusilaban y hoy desde el Cielo bendice a Barcelona, a Cataluña y a España».

Sus venerados restos reposan desde entonces a los pies del glorioso Santo Cristo de Lepanto, que el obispo mártir ordenó fuera trasladado a su actual capilla para presidirla. Sobre su tumba, sita entre el sagrario y la de su antecesor en la mitra, también mártir, san Oleguer, reza una inscripción, que traducida del latín, dice:

«ES NECESARIO QUE ÉL REINE»
 – AL SUMO DIOS OMNIPOTENTE –
 AQUÍ YACE EL EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO
 DR. D. MANUEL IRURITA ALMÁNDOZ.
 NACIDO EL 19 DE AGOSTO DE 1876.
 PROMOVIDO A LA SEDE DE LÉRIDA EL 20 DE DICIEMBRE
 DE 1926
 Y DE ALLÍ TRASLADADO A LA SEDE DE BARCELONA
 EL 13 DE MARZO DE 1930.
 FUE MUERTO EN ODIOS A LA FE EL 3 DE DICIEMBRE
 DE 1936.
 EL BUEN PASTOR DIO SU VIDA POR SUS OVEJAS.
 R.I.P.

Una virgen desposada con un varón llamado José

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

LEGADO el mes de marzo, y como es habitual, vamos a dedicar nuestro comentario a la contemplación de un episodio de la vida de san José. Contemplar la misión del gran Patriarca del Nuevo Testamento es una forma de contemplar la vida de Cristo en toda su plenitud, y afecta naturalmente a su infancia, pero no solamente a ella. San José es especialmente venerado en nuestra revista porque la importancia de su misión como verdadero padre y verdadero esposo se apoya precisamente en que permite con su consentimiento virginal, la concepción del Verbo por obra del Espíritu Santo. Esto tiene tanta trascendencia, porque le sitúa, a la par que su santísima Esposa, en el orden hipostático, la unión de la persona del Verbo con la humanidad de Cristo. Como sabemos, esta tesis, apoyada en la cristología de Suárez, es sostenida y extensamente desarrollada por Francisco Canals en su tesis doctoral publicada con el título *San José, Patriarca del pueblo de Dios*.

Pero nuestro enfoque habitual es la lectura contemplativa y por esto debemos buscar lo que nos acerque a la vida de san José, sin entrar en análisis teológico, pero sí, apoyándonos en la josefología, especialmente la obra de Francisco Canals. Desarrollar un relato de la vida de san José, aunque sea parcialmente en nuestro artículo, topa con la escasez de datos en las fuentes evangélicas. Estas fuentes son escasas, pero no insalvables; tengamos en cuenta que dicha narración, ceñida exclusivamente a san Mateo y a san Lucas, es la única que podemos considerar fiable por ser textos canónicos y por lo tanto declarados por la Iglesia católica como inspirados. Pese a ello existen más posibilidades de lo que a primera vista pueda parecer.

Son más prolijos los llamados apócrifos de la infancia de Cristo pero, como veremos, muy poco fiables. Vamos a detenernos brevemente en ellos.

Los apócrifos y san José

Los evangelios llamados apócrifos, es decir, no canónicos y por tanto no considerados por la Iglesia como inspirados, son muchos y no todos necesariamente perversos. Hay varios de ellos

que son claramente heréticos y están clasificados como de inspiración gnóstica, es decir, mezclados con filosofía dualista procedente de las doctrinas del zoroastrismo. Estos evangelios apócrifos fueron condenados por la Iglesia, junto con las sectas gnósticas que los habían promovido durante los dos primeros siglos del cristianismo. Entre ellos se cuenta un falso evangelio de Tomás y otro de María Magdalena; este último tristemente célebre por la difusión que han tenido algunas teorías cristológicas perversas en nuestro tiempo.

Los apócrifos que no son propiamente heréticos, son, sin embargo, en general bastante erróneos. Se diría al leerlos, que salta a la vista el acierto providencial de la Iglesia al proponer los cuatro canónicos que conocemos. Ciertamente no podía ser de otra manera. Entre éstos se encuentran los llamados de «la infancia» y que se refieren a la infancia de Jesús y la natividad de María. Básicamente son los siguientes:

- Evangelió de la infancia, de Tomás
- Protoevangelió de Santiago
- Evangelió del Pseudo-Mateo
- Libro de la Natividad de María
- Historias de José el carpintero

De ellos, el más conocido sin duda es el llamado Protoevangelió de Santiago el Menor, que data del siglo II y, evidentemente no es del Apóstol. También es notable en éste, como en los demás apócrifos, una total ignorancia del autor en cuestiones geográficas (esto no ocurre en los evangelios canónicos), que mezcla de forma indiscriminada hechos que se supone que ocurren en Nazaret, con otros situados en Belén y Jerusalén. Da la sensación que todo son «barrios de una misma ciudad».

En él aparece por primera vez la idea absurda de que san José era viudo y de edad avanzada. Esto se dice también en los demás, y era una creencia relativamente extendida en las Iglesias de Oriente, especialmente entre los coptos. Ciertamente, nada de esto se trasluce en los evangelios de san Mateo y san Lucas, y es totalmente rechazable.

De estas narraciones data la conocida tradición de la vara florida de san José, tomada como cumplimiento de lo escrito en el libro de los Números (17, 1-11), referido al designio divino del sacerdocio de

Aarón. Según esta tradición, José, que sería el de mayor edad entre los viudos seleccionados para desposarse con María, es elegido al florecer espontáneamente su vara, al tiempo que una paloma se posa sobre él. Esta elección sería hecha por el sumo sacerdote para resguardar el voto de virginidad de María. Lo inaceptable del relato está en que, según esto, el voto mutuo de virginidad de los esposos, sería un hecho públicamente conocido. Tengamos en cuenta, además, que la misión de José no es sacerdotal, sino patriarcal, por lo que no hay gran similitud con la elección de Aarón en el Antiguo Testamento. La misión de san José es, además, superior a la del mencionado sacerdocio de Aarón.

Lo que sigue en el texto es aún más impropio. Sin embargo, hay algo que sí debe tenerse en cuenta, y es que, en general, estas narraciones no son otra cosa que recopilaciones de lo que se transmitía entre las gentes, y que mezclaba con mucha frecuencia el grano con la paja. Así pues, hemos creído conveniente clarificar aquí cuáles de estas tradiciones se pueden considerar medianamente fiables. Igualmente se pueden tener en cuenta algunas visiones místicas como las de Catalina Emmerich o sor María Jesús de Agreda, aunque sin darles un valor absoluto.

Se trataría de las siguientes:

– María nació de Joaquín (o Helí, según se desprende en Lc 3,23) y Ana, a edad avanzada, tras una promesa angélica. Ellos habrían consagrado a María al servicio del Templo del Señor en Jerusalén, que habría permanecido allí hasta la pubertad.

– Fallecido su padre, y llegada a la pubertad (13-15 años), es desposada con José, un varón calificado de justo en los evangelios, cuya edad sería la adecuada. La venerable María Jesús de Agreda le cree, en su visión mística, de unos treinta años, y sabemos por san Mateo que era descendiente de David. La elección de José, aunque obra de la Providencia, probablemente no fue debida a ninguna manifestación extraordinaria, dado lo discreto que debió ser el acontecimiento.

– María y José habrían hecho voto mutuo de virginidad. Esta decisión habría sido aceptada de común acuerdo por ambos esposos, de forma privada y sin que nadie tuviera conocimiento de ello.

Nacimiento de la Virgen María

EL nacimiento de la Virgen María tiene su importancia, especialmente en la lectura contemplativa, porque permite analizar este desposorio con José al que pretendemos acercarnos.

Hemos admitido como probable la estancia de la Virgen María entre las vírgenes consagradas al ser-

vicio del Templo, entre los cinco años (algún apócrifo lo cifra en los tres años) y los 13 a 15 años ya mencionados. Sus padres son llamados comúnmente Joaquín y Ana, aunque ya hemos mencionado la denominación «Helí» que se desprende del evangelio de san Lucas.

Sobre el lugar del nacimiento de María hay importantes discrepancias. En Jerusalén, junto a la piscina Probática existe una «iglesia de Santa Ana» en la que se venera el nacimiento de María Virgen. Sin embargo, la tradición que apunta a Nazaret, o incluso más probablemente Séforis, es muy importante. La visión de Catalina Emmerich no aclara mucho las cosas, porque sitúa la casa cerca de Nazaret, y sin embargo, sus habitantes aparecen continuamente en el Templo de Jerusalén, es decir, algo parecido a lo que ocurre con algunos de los apócrifos.

Si debemos tomar partido, podemos pensar ciertamente que residían en Galilea, siendo judíos como otros muchos habitantes de la región, cuyos antepasados más próximos habían repoblado la región, devastada varios decenios antes por los asirios. En todo caso, la casa de santa Ana en Jerusalén pudo ser su residencia al enviudar, estando María consagrada en el Templo: la actual iglesia de Santa Ana está cerca de donde estaba el muro norte del Templo.

Brevemente, estas son las tres alternativas posibles sobre el lugar donde nació la Virgen María:

1. Nació en Nazaret o posiblemente en Séforis. Allí se desposó con san José, que vivía en Nazaret y trabajaba como artesano. Antes de la boda se le apareció el arcángel san Gabriel.

2. Nació en Jerusalén, en la llamada casa de Santa Ana, cerca de la piscina Probática. Estuviera o no en el servicio del Templo, fue desposada con san José y se trasladó a Nazaret, donde vivió, antes de la boda, en la casa en la que se le apareció el arcángel san Gabriel.

3. Nació en Nazaret o en Séforis, y a los cinco años fue consagrada al servicio del Templo. Tras la muerte de su padre (Joaquín o Helí) su madre se trasladó a Jerusalén para estar cerca de ella. Allí fue desposada con san José: María, con su madre, volvió a Nazaret, a la casa donde recibirá la Anunciación del ángel.

José, esposo de María

VEAMOS ahora estos esponsales, aceptando como más probable la tercera de las tres alternativas definidas.

María debía desposarse al llegar a la pubertad, y este desposorio, en una joven consagrada, debía ser propiciado por el Sumo Sacerdote. Hemos descarta-

Rafael Sanzio:
*Los desposorios
de la Virgen*



do anteriormente las tradiciones referidas a la elección de José por ser de edad avanzada, y por esto vamos a suponer que José es elegido por ser soltero, y de una edad conveniente. Ya hemos dicho que siguiendo la visión mística de la venerable De Agreda hemos cifrado en treinta años la edad de José, pero pensemos que la Ley judía situaba en 24 años el límite de edad para desposarse con una doncella (Ricciotti, punto 231). No es descartable por tanto, que fuera incluso más joven.

¿Por qué sería escogido san José? La Providencia pudo valerse de cualquier medio, incluso extraordinario, pero probablemente debió ser, como hemos dicho, una circunstancia discreta y alejada de notoriedad. Si pensamos en el hecho evidente de la descendencia de David y que, según pensamos, sus familias vivían en Nazaret, parece razonable la elección. Sólo Dios sabe, además, de qué medios se valió para que el Sumo Sacerdote, o sus ministros, pudieran conocer a José y saber de sus virtudes. La venerable De Agreda dice que José se encontraba

en Jerusalén; nosotros pensamos que pudo muy bien ser en una celebración pascual.

Los desposorios se debieron celebrar en el Templo, donde aún estaba María, ante el sacerdote y ante los familiares que, como era habitual en la época, solían concertar las condiciones de la unión matrimonial. Por esto, suponiendo aún viva a la madre de la Virgen, que probablemente habitaba en la casa que se venera en Jerusalén, podemos contemplar la escena con santa Ana presente. Más difícil es conocer la presencia de los familiares de san José (no sabemos si vivía aún su padre, Jacob).

Finalmente, el voto mutuo de virginidad, que no podía ser sin consentimiento previo de ambos contrayentes, debemos situarlo en este momento. Por supuesto, como ya se ha dicho, hubo de ser conocido únicamente por ellos; nadie tenía derecho a saberlo y por tanto son rechazables todas las creencias que, basadas en los apócrifos, ponen en conocimiento del Sumo Sacerdote la existencia del matrimonio virginal, y el posterior embarazo de María.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Marzo

General: Para que en todo el mundo sea reconocida adecuadamente la contribución de la mujer al desarrollo de la sociedad.

Misionera: Para que el Espíritu Santo conceda perseverancia a cuantos son discriminados, perseguidos y asesinados por el nombre de Cristo, particularmente en Asia.

Abril

General: Para que muchos jóvenes sepan acoger el llamamiento de Cristo a seguirlo en el sacerdocio y en la vida consagrada.

Misionera: Para que Cristo resucitado sea signo de segura esperanza para los hombres y mujeres del continente africano.



Pequeñas lecciones de historia

Jesús y el pueblo judío (III): la religión

GERARDO MANRESA

Es un hecho incontestable que en el primer siglo de nuestra era el pueblo judío era el único que profesaba el monoteísmo más riguroso. Es decir, que la batalla que los profetas habían entablado para lograrlo había sido ganada completamente. El credo de Israel se contenía todo en la fórmula inicial del *Schema*, la oración que los judíos piadosos recitaban mañana y noche: *Schema*, Israel: Escucha, Israel. El Señor nuestro Dios es el único Señor.

La adhesión total a este artículo de fe, la rigidez de este monoteísmo, es «la misma esencia del judaísmo».

La idolatría pagana inspiraba a los judíos fieles un horror sagrado. Los paganos, sorprendidos por una intransigencia que no podían entender, respondieron con desprecio o con burlas insultantes. Ellos seguían los primeros mandamientos del Decálogo:

Yo soy Yaveh, tu Dios, que te ha hecho salir del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás ni escultura, ni imagen alguna ni de lo que hay arriba de los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas... Pues yo, Yaveh, tu Dios, soy un rey celoso que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos (Ex 20, 2-26; Deut 5, 6-10).

A estos mandamientos los judíos fieles obedecían de forma ciega hasta sacrificar su vida: Herodes el Grande, hizo colocar sobre la gran puerta del Templo un águila de oro, para contentar a los romanos, el pueblo la destruyó. Pilatos provocó una revuelta por haber entrado en Jerusalén con sus tropas portando imágenes (sagradas) de sus emperadores.

Para evita un hecho similar, Vitelio cedió a la presión de los judíos y rodeó Jerusalén sin entrar en ella cuando desplazó sus tropas desde Antioquía hasta Petra. Cuando Calígula quiso poner su estatua en el Templo de Jerusalén, la ira popular fue tal que Petronio, el gobernador de Siria, se echó atrás y no lo hizo... Eran los descendientes de los que, a las llamadas de los Macabeos, en el siglo II, habían hecho una lucha a muerte –finalmente victoriosa a pesar de la desproporción de fuerzas– contra la impiedad del paganismo griego y estaban dispuestos, si era preciso, a sostener la misma lucha, con mayor desproporción aún, contra la impiedad del paganismo romano.

A los zelotes, los más intransigentes, los que impulsan a ello, los que movían a la revuelta, practican-

do el terrorismo, se les crucificaba, se les quemaba vivos, pero sin duda eran gente dedicada a la causa de Dios. Uno de ellos, Simón, el zelote, fue uno de los doce apóstoles de Jesús.

Ciertamente en Israel, en tiempo de Jesús, sus compatriotas no constituían una masa homogénea, unánime en sus creencias, sus doctrinas y sus prácticas religiosas. Había gente de fe estrecha, muy limitada a la letra de la Ley, con un espíritu de casta estrecho y con una piedad preocupada solamente de los bienes materiales, principalmente en la clase alta judía, la que detentaba el poder –bajo control romano–, los honores y las riquezas. El alto sacerdocio de Jerusalén, los maestros del Templo –santuario único del judaísmo–, la cabeza del Sanedrín –el Gran Consejo y la Alta Corte de Judea– formaban una casta orgullosa, despreciable, muy dura a la vista de los justiciables y dirigida contra todos aquellos que amenazaban el orden establecido, que les beneficiaba. Pero no todo el sacerdocio de Israel era así, porque entre ellos también había sacerdotes, hombres de corazón y cumplidores del deber, como por ejemplo Zacarías, el esposo de Elisabeth, padre de Juan Bautista, y otros dignos que en el año 63 antes de Cristo, ante el asedio romano resistieron en el Templo todos los proyectiles romanos celebrando el oficio litúrgico y finalmente fueron sacrificados delante del altar del Señor.

La mayor parte del pueblo era sencillo, acudía los sábados a la sinagoga y seguía las tradiciones que podía ante las exigencias de los altos cargos. Eran llamados de forma despreciativa los «pecadores».

Entre las tendencias, los saduceos eran la casta dirigente. Eran el partido de los políticos enfrentados a los fariseos, llamado el partido devoto, eran los oportunistas enemigos de todo exceso y de todo fanatismo, los viejos creyentes conservadores enclavados en la letra de la Ley, enemigos de toda innovación tanto espiritual como temporal. Los sumos sacerdotes Anás y Caifás eran saduceos. Su influencia religiosa en Israel era, en aquella época, nula; atrincherado en el alto sacerdocio, el saduceísmo era impopular y estaba desprestigiado. El lujo, la depravación, la indiferencia religiosa que ostentaban los jefes del sacerdocio, su transigencia con las autoridades romanas, su desprecio por las esperanzas mesiánicas y la doctrina de la resurrección, les habían quitado el cariño del pueblo. Todo el mercantilismo que dominaba los alrededores del Templo y que Jesús, en dos ocasiones, había denunciado y fustigado, era promovido por los saduceos, que sacaban de ello un elevado rendimiento económico.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

XII Encuentro de presidentes de las conferencias episcopales del sureste de Europa

A principios del mes de marzo tuvo lugar el XII Encuentro de Presidentes de las Conferencias Episcopales del Sureste de Europa en Estrasburgo. Dicho encuentro, promovido por el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) y por la Misión permanente de la Santa Sede ante el Consejo de Europa, reunió a los presidentes de las conferencias episcopales de Albania, Bosnia-Herzegovina, Bulgaria, Chipre, Grecia, Moldavia, Rumanía, Conferencia Internacional Santos Cirilo y Metodio y Turquía, todas ellas correspondientes a países del Sureste de Europa donde los católicos son una minoría religiosa.

Monseñor Aldo Giordano, observador permanente de la Santa Sede ante el Consejo de Europa, señaló la importancia de este encuentro: «Basta dar una ojeada a algunos de los temas afrontados a nivel europeo para darnos cuenta de su actualidad para los países del sureste de Europa y sus Iglesias. En Estrasburgo se discute de libertad religiosa: la presencia de los símbolos religiosos en el espacio público, la discriminación por motivos religiosos, los derechos de las minorías, la dimensión religiosa del diálogo intercultural... Hay un debate fundamental, muy delicado e incluso peligroso sobre la realidad de la familia, sobre los derechos de los niños, sobre la responsabilidad de los padres. La velocidad de la ciencia y de la técnica impone cada vez más grandes problemáticas en el campo de la bioética y de la protección de la vida. Hay una Europa que se interroga sobre la gravedad de la crisis económica y financiera; sobre las relaciones con los 'vecinos de casa': Medio Oriente, norte de África. Vivimos en una Europa donde la cuestión del respeto de los derechos humanos está lejos de ser una realidad obvia: continuamente en el Consejo se afronta la situación de los migrantes, refugiados, gitanos, personas con minusvalía... Por tanto es urgente que los cristianos y las Iglesias se hagan cada vez más conscientes y competentes en las cuestiones que se afrontan a nivel europeo y sean protagonistas en los lugares donde se toman las decisiones.»

«La decisión de concluir este primer ciclo de profundización de nuestras realidades eclesiales y sociales este año en Estrasburgo con una confrontación-diálogo con algunos representantes del Conse-

jo de Europa –subrayó monseñor Franjo Komarica, presidente de la Conferencia Episcopal de Bosnia-Herzegovina –surgió de modo muy natural porque esta realidad europea es la primera organización internacional intergubernamental en la que todos nuestros gobiernos son miembros. Al mismo tiempo, sabemos en qué medida el trabajo hecho en los despachos de Estrasburgo tiene un impacto muy importante no sólo en términos políticos, sino sobre todo sociales y culturales. En este común empeño de edificación de la fraternidad europea y del trabajo por el bien de nuestros pueblos, la Iglesia católica, nuestras Iglesias locales se sienten interpeladas a dar su aportación específica y su apoyo. Por este motivo, pensamos encontrar a algunos representantes de esta institución, para profundizar en nuestro mutuo conocimiento, para llevar la voz de nuestras realidades eclesiales y para verificar juntos que pueden ser reconocidas y valorizadas en su realidad de Iglesia de estos países miembros y contribuir así al bien de nuestro continente».

El Corazón de Jesús salva a un legionario en Afganistán

EL pasado 7 de marzo una patrulla de la Brigada de Infantería Ligera Rey Alfonso XIII (II de la Legión) partía hacia la base avanzada «Bernardo de Gálvez II», en Ludina (Afganistán) con el fin de proporcionar seguridad durante el reabastecimiento de un puesto de observación.

En las proximidades del puesto, el legionario Iván Castro Canovaca, jienense de 23 años, fue alcanzado en el cuello por una bala talibán, que atravesándole los dos pulmones, pasó a escasos milímetros del corazón, la aorta, la tráquea y el esófago hasta alojarse cerca del riñón izquierdo. La trayectoria recorrida y las lesiones causadas eran tan complejas que no se le pudo extraer el proyectil hasta pasados varios días. Según recoge *Religión en libertad.com*, los médicos de cirugía torácica del Hospital Gómez Ulla (Madrid) que le atendieron reconocen estar ante un caso único, ya que lo normal es que hubiera fallecido en los diez primeros minutos.

Sin embargo, el mismo Iván explicó el motivo de su salvación. Llevaba una protección más eficaz que sus armas y pertrechos: un detente del Corazón de Jesús. Gracias a la iniciativa del teniente coronel

Carlos María Salgado Romero, jefe de la bandera a la que pertenece Iván, y con la colaboración de la Hermandad del Cristo del Perdón de Elche y del Círculo de Amigos de las Fuerzas Armadas de Jaén, los legionarios fueron obsequiados antes de partir hacia el frente con un detente del Corazón de Jesús, según una costumbre que se está extendiendo cada vez más en el ejército español, para que les protegiera y les acercara a Dios en los momentos de peligro que seguramente iban a vivir. Y una vez más, como tantas veces hemos oído contar que sucedió durante la pasada guerra civil, el Corazón de Jesús cuidó de aquellos que a él se habían confiado, salvándolos milagrosamente de una muerte segura.

Guerra mundial contra los cristianos en el mundo musulmán

LA nueva página web *genocidiocristiano.org*, nacida recientemente con el objetivo de «ensalzar y hacer visible al mundo, la escandalosa luz del martirio que por amor a Cristo sufren actualmente tantos de nuestros hermanos», publicaba un artículo de la activista somalí Ayaan Hirsi Ali en el que llamaba la atención sobre lo que se esconde tras las recientes revueltas de la «primavera árabe»: «lo que sucede en realidad es que una especie totalmente distinta de guerra está en marcha, una batalla desconocida que está costando miles de vidas. Los cristianos están siendo asesinados en el mundo islámico a causa de su religión. Se trata de un genocidio al alza que debería provocar una alarma mundial. (...) En los últimos años la violenta opresión de las minorías cristianas se ha convertido en la norma en los países de mayoría musulmana, que se extienden desde el África Occidental y Oriente Medio al sur de Asia y Oceanía. En algunos países son los gobiernos y sus agentes los que han quemado iglesias y encarcelado feligreses. En otros casos, grupos rebeldes han tomado el asunto en sus propias manos, asesinando a los cristianos y expulsándolos de las tierras en las que habitan desde hace siglos».

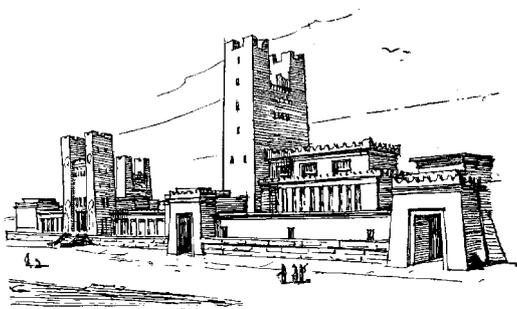
»La reticencia de los medios de comunicación occidentales a tratar el tema se debe sin duda a diversos motivos. Uno de ellos puede ser el miedo a provocar más violencia. Otro, más probable, es la influencia de los grupos de presión, tales como la Organización de Cooperación Islámica (una especie de Naciones Unidas del islam centrada en Arabia Saudita) y el Consejo de las Relaciones Islámico-Estadounidenses. Durante la última década estos grupos y otros han tenido un notable éxito al conse-

guir convencer a los principales personajes públicos y periodistas en Occidente de que consideren todos y cada uno de los casos de supuesta discriminación contra los musulmanes como una expresión de enajenación sistemática y siniestra llamada «islamofobia». (...) Sin embargo, una evaluación imparcial de los acontecimientos recientes y de las tendencias lleva a la conclusión de que la magnitud y la gravedad de la islamofobia palidece en comparación con la sangrienta cristofobia que actualmente se da en países de mayoría musulmana de un extremo al otro del mundo. La conspiración del silencio que envuelve a esta expresión violenta de la intolerancia religiosa tiene que cesar.»

Los emigrantes cristianos

EL enorme crecimiento de los flujos migratorios de un continente a otro representa uno de los fenómenos más interesantes y estudiados de inicios del siglo XXI. Según una investigación reciente, realizada por el Instituto independiente de análisis político-sociales «Pew Research» —con sede en Washington—, desde 1960 el número de emigrantes casi se ha triplicado, alcanzando en el año 2010 la cifra de 214 millones. De estos, 106 millones eran cristianos (49 por ciento) mientras que más de 60 millones (el 27 por ciento) eran musulmanes. México, Rusia y Ucrania son las principales naciones de las que han emigrado los cristianos mientras que Estados Unidos ocupa el primer puesto como país de acogida, recibiendo a uno de cada cinco, seguido de Rusia y Alemania.

Según el Pew Research, el análisis, titulado «La fe en movimiento», refleja aproximadamente la situación general por lo que se refiere a la consistencia de la población cristiana en el mundo. De hecho, mientras que en el mundo una de cada tres personas es cristiana, en el caso de los inmigrantes la relación es una de cada dos. Además, el estudio realizado ha detectado otro fenómeno: la distribución de la población cristiana en el mundo ha ido cambiando notablemente en el tiempo. En efecto, los cristianos en los diferentes países son 2180 millones, casi un tercio de la población mundial (6840 millones) pero su presencia se ha ido desplazando de Europa a América, a África y a Asia de forma que el continente europeo ya no es la región donde se encuentra el mayor número de cristianos. En 1910, el 66,3 por ciento de los fieles de las diversas confesiones cristianas se encontraba en Europa mientras que en 2010 Europa acoge sólo el 25,9 por ciento de los cristianos.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Libia: de la liberación a la disolución en un año

HACE poco menos de un año el dictador libio Muamar el Gadafi caía y la OTAN y las potencias occidentales exultaban ante lo que nos presentaban como un nuevo triunfo de la «primavera árabe», esa marea democrática que estaba inundando el Magreb y que nos iba a abrir las puertas de un mundo nuevo. El modo en que Gadafi fue salvajemente asesinado fue la primera y significativa nota discordante con un guión hasta el momento interpretado a la perfección. La hegemonía islamista en Egipto acabó por destruir las ingenuas ilusiones de unos pocos (probablemente otros supieron en todo momento qué partido se estaba realmente jugando) y del entusiasmo *naif* por la «primavera» árabe hemos pasado a las caras de preocupación y a los rostros incómodos. Ahora, en Libia, se acaba de producir un nuevo episodio que confirma, entre otras cosas, lo fácil que resulta manipular a la opinión pública occidental, dispuesta a creer a pies juntillas cualquier historia que sus medios le presenten debidamente aliñada.

Y es que el pasado 6 de marzo tres mil representantes de las tribus y de las milicias de la Cirenaica han proclamado la autonomía respecto de Trípoli de esa región que ocupa la franja oriental del país, fronteriza con Egipto. Aunque han hablado de un futuro federal, nadie se engaña ante un movimiento que supone la independencia de un gobierno nacional inexistente y considerado legítimo en la Casa Blanca o en el Elíseo pero no en su propio país. De este modo se asesta un golpe mortal al Consejo Nacional Transitorio, nacido hace un año en Bengasi para dirigir la insurrección contra el régimen gadafista.

Precisamente el presidente del CNT, Mustafá Abdel Jalil ha amenazado con recurrir a la fuerza para evitar la secesión de la Cirenaica, pero esta amenaza, poco creíble, no ha hecho más que socavar su prestigio, poniendo de manifiesto que, en realidad, el CNT no controla ninguna fuerza con capacidad militar y que el país está en manos de las milicias, bien islamistas, bien tribales. De hecho la nula credibilidad de Jalil se ha visto confir-

mada cuando, pocos días después de la autoproclamada «autonomía» de la Cirenaica, se ha empezado a difundir la noticia de que la región desértica de Fezzan, al sur de la Tripolitania y que constituye la tercera gran región de Libia, está considerando seriamente proclamarse también «autónoma». Frente a esta disgregación cada día más evidente, los líderes del CNT han iniciado conversaciones con Egipto, en teoría para discutir acerca de la seguridad en la frontera entre ambos países, en la práctica solicitando asistencia militar egipcia para mantener cohesionado el país. Salvar la unidad al precio de convertirse en un protectorado egipcio.

El escenario libio, ha advertido más de un observador, se asemeja cada día más al de la Somalia después de la caída del régimen de Sia Barre y de la retirada de las tropas estadounidenses, con su progresiva feudalización tribal y sus «espacios de libertad» para todo tipo de grupos fuera de la ley, desde terroristas islamistas hasta partidas de piratas. Con la pequeña diferencia de que Libia está a nuestras puertas. Por de pronto ya se ha constatado que en medio del caos, tal y como ha denunciado Rusia en la ONU, los grupos islamistas que están combatiendo en Siria contra Bashar al Assad se entrenan en suelo libio (hasta el momento al menos seiscientos combatientes han llegado a la frontera turco-siria desde Libia).

Podemos preguntarnos por qué precisamente ahora la Cirenaica ha dado este paso. La respuesta parece estar en la cada vez más evidente incapacidad del CNT y en el paralelo auge de las milicias islamistas. Los islamistas, de corriente wahabita, bien financiados desde los países del Golfo, extienden cada vez más su influencia y, llegados a la Cirenaica, han desatado una campaña contra las prácticas religiosas tradicionales en la zona. La Cirenaica posee numerosas cofradías sufíes, mal vistas por los islamistas wahabitas o salafistas, en especial por sus prácticas de culto a los «santos», algunas de cuyas tumbas, convertidas en lugar de culto, han sido atacadas. No es, pues, casualidad que la declaración de autonomía haya sido proclamada por Ahmed Zubair al-Senussi, líder de la asamblea de tribus, pariente del rey Idris I, derrocado en 1969 por el coronel

Gadafi y figura eminente de la cofradía senusista que controlaba la región en tiempos del imperio Otomano (y que Gadafi mantuvo encarcelado durante 31 años).

Podemos extraer varias conclusiones de estos hechos:

En primer lugar, y en contra de lo que nos quieren vender los medios occidentales, no existe un anhelo universal por la democracia. El alzamiento «democrático» contra Gadafi fue en realidad un intento de secesión de la Cirenaica, a la que se unieron rápidamente los islamistas arabistas y los bereberes, unidos todos en su común oposición a Gadafi.

En segundo lugar, vemos en Libia nuevamente cómo los resultados de las intervenciones militares occidentales son, demasiado a menudo, diferentes de los previstos. En esta ocasión, la democratización esperada se ha traducido en la realidad en una Tripolitania controlada por diversas milicias islamistas y en un resto del país bajo las milicias tribales. El negar la realidad de estos países, sustituyéndola por una historia de democracia para consumo interno se demuestra una y otra vez como una pésima guía para moverse en entornos ajenos a nuestra civilización.

Se constata también la artificiosidad de muchas de las fronteras nacionales de los países surgidos de la descolonización. Artificiosidad que parece ser una constante en casi todo lo que hace Occidente en estos países, como lo confirman la escasa, por no decir nula, legitimidad de los dirigentes locales escogidos y reconocidos por los gobiernos locales. Ya lo hemos visto, por ejemplo, en Afganistán y ahora ha vuelto a suceder.

Por último, es de destacar la pervivencia de las grandes constantes históricas y geopolíticas. Ya sucedió tras la caída del comunismo y la reaparición de rasgos prerrevolucionarios que, por arraigados en la historia y en la geografía, florecían nuevamente tras el largo invierno comunista. Ahora está sucediendo en el Magreb y supone la prueba de que existen grandes fuerzas que sobrepasan lo meramente coyuntural o lo meramente económico y que tienen un gran peso en los movimientos más profundos de la historia.

La tecnocracia no existe

LA idea de la tecnocracia es antigua: un gobierno de técnicos neutros capaces de hacer funcionar el Estado sin meterse en cuestiones de mayor calado. Estamos asistiendo al enésimo resurgir de la idea tecnocrática, en cuyo nombre, por ejemplo, se justificó el gobierno Monti en Italia. Pero el problema de la tecnocracia es que no es posible, porque en política es imposible gobernar exclusivamente como si se manejara un mecanismo, siempre hay decisiones de calado moral, propiamente político, que son inevitables (esto no significa que no debamos exigir servidores públicos honrados y eficaces en vez de sinvergüenzas e incompetentes, como ha sido práctica común recientemente).

Pues bien, estamos ante la última confirmación de que la tecnocracia no existe, y nos llega precisamente desde Italia, desde el gobierno Monti. Ese gobierno urdido por el comunista Napolitano (algo podían haber sospechado) y recibido con aplausos por gran parte de los medios católicos italianos, probablemente porque incorporaba en un puesto menor (ministro sin cartera para la cooperación internacional) a Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio. Ahora la ministra de Trabajo y Política Social, Elsa Fornero, quien se hizo famosa porque se puso a llorar cuando anunció que congelaba las pensiones, al exponer su programa para la igualdad de oportunidades, ha declarado que Italia debe «superar retrasos culturales enormes» respecto a la valoración de la homosexualidad y que ya ha hablado con el ministro de Educación, Francesco Profumo, para que esos valores sean enseñados en las escuelas desde la más tierna edad.

O sea, que acaban de descubrir las bondades de una buena Educación para la Ciudadanía que adoctrine a los niños en la ideología de género. Parece que el objetivo de la Fornero no es, pues, evitar discriminaciones en el acceso al trabajo, sino cambiar la mentalidad y las creencias de los italianos, sujetos maleables en manos del Estado. Suerte que eran tecnócratas que sólo se iban a ocupar de la economía.

¿Quién será para nosotros el doctor de la Santa Infancia? Sin duda alguna será san José, tan estrechamente unido al Niño Jesús, y tan querido por su Madre inmaculada. Si ha habido algún santo penetrado del espíritu de Belén, seguramente ha sido él. Antes de que comenzaran las fatigas del ministerio público, antes de que las sombras de la pasión comenzaran a condensarse en el horizonte, san José había terminado su misión. Pertenecía a Belén y a Nazaret, y Dios le llamó a sí en el momento en que Nazaret tocaba a su fin.

FEDERICO GUILLERMO FABER: *Belén o el misterio de la Santa Infancia*



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

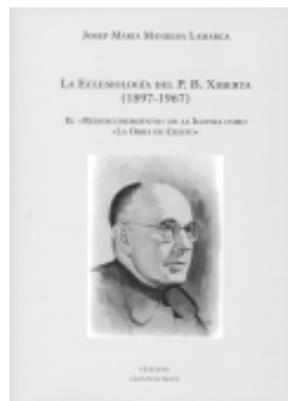


100 historias en blanco y negro

Autor: VV.AA.
Editorial: Edibesa
212 páginas
Precio: 9,74 €

Los sacerdotes viven experiencias maravillosas constantemente. Este libro recoge las cien vivencias sacerdotales más bellas e impactantes, escogidas entre casi mil historias reales, escritas por sacerdotes de todo el mundo durante el año sacerdotal, un año de renacimiento para la vida sacerdotal. Estos testimonios

son muy conmovedores y nos recuerdan hasta qué punto el sacerdocio es un don para la Iglesia y para toda la humanidad.



La eclesiología del P. B. Xiberta (1897-1967)

Autor: José María Manresa Lamarca
Editorial: Edizioni Carmelitane
653 páginas
Precio: 40,00 €

El P. Xiberta (1897-1967), sacerdote carmelita catalán dedicado a la investigación y la docencia de la teología en Roma, fue perito del Concilio Vaticano II. Su doctrina viene también acompañada de su ejemplar vida cristiana, por lo que se encuentra en camino hacia la beatificación. A partir

de un análisis minucioso de los escritos del teólogo carmelita, esta disertación propone un «redescubrimiento» de la Iglesia como «la Obra de Cristo», señalando las líneas centrales del pensamiento de Xiberta.



Jesús, el hombre que era Dios

Autor: Max Gallo
Editorial: Cristiandad
272 páginas
Precio: 23,00 €

Tras el éxito obtenido en Francia, llega a España el último libro de Max Gallo, de la Academia Francesa. Una vida de Jesús reconstruida y contada por Flavio, el centurión que ordena su ejecución y le ve morir colgando de un madero como hombre y como Dios. Con la maestría que le caracteriza como narrador, Gallo

relata con precisión la vida de Jesús. Uno de los mayores misterios del mundo: Jesús, hombre o Dios... Dios y hombre. Cada lector oirá en boca del centurión sus propias preguntas y se dará sus respuestas sinceras.



Mi hermano, el Papa

Autor: Georg Ratzinger y Michael Hesemann
Editorial: San Pablo
320 páginas
Precio: 19,00 €

Nadie conoce mejor al papa Benedicto XV que su propio hermano. Georg Ratzinger nos cuenta con franqueza la vida privada del pastor supremo de la Iglesia: cómo era su hermano Joseph en su niñez y cómo encontró el camino hacia la fe, cómo superó el infierno del nacionalsocialismo y de la guerra, por qué surgió en él el deseo de servir a la Iglesia y cómo asumió, con conciencia del deber y con alegría, los desafíos de los ministerios que le fueron confiados.

San José, modelo de vida familiar

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo os digo de corazón: como José, no tengáis reparo en llevaros a María con vosotros, es decir no tengáis reparo en amar a la Iglesia. María, madre de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia, nuestra Madre: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (*Redemptoris custos*, 20).

Quisiera dirigir una exhortación particular a los padres de familia, puesto que san José es su modelo. San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del Hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a semejanza de Él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como san José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. Lc 2,49), con amor y con vuestra presencia responsable.

Finalmente, a todos los jóvenes que estáis aquí, os dirijo palabras de amistad y de ánimo: ante las dificultades de la vida, sed valientes. Vuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios. Dejaos cautivar por Cristo, entregadle gustosamente vuestro amor y, ¿por qué no?, ofrecedle vuestra propia vida en el sacerdocio o la vida consagrada. Es el servicio más grande. A los hijos huérfanos de padre o que viven abandonados en la miseria de la calle, a los que han sido separados violentamente de sus padres, maltratados y sometidos a abusos, y reclutados por la fuerza en ciertos grupos militares que asolan algunos países, quisiera decirles: Dios os ama, no os olvida y san José os protege. Invocadle con confianza.

BENEDICTO XVI: Homilía en el estadio Amadou Ahidjo de Yaundé durante el viaje apostólico a Camerún y Angola (jueves 19 de marzo de 2009)